

CURSOS

Y

CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES



DESPLGADO

SUMARIO



LUIS REISSIG: El pensamiento vivo de Anatole France. — El pensamiento de la voluptuosidad y de la tolerancia. — El pensamiento de la ironía y el escepticismo. — El pensamiento de la inquietud y de la desolación. — El pensamiento afirmativo y soñador. — VIDA DEL COLEGIO: Bibliografía. — Índice del Volumen XXVIII de "Cursos y Conferencias".

AÑO XIV
Volumen XXVIII
Número 168

DESPLGADO

M A R Z O
1 9 4 6
BUENOS AIRES

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Aparece el 30 de cada mes

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 189.874

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCION ANUAL, \$ 12.— — NUMERO SUELTO, \$ 1.50
EXTERIOR, ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA 6 5 DOLARES

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CANGALLO 1372—U. T. 38 - 2432
BUENOS AIRES - ARGENTINA

Director:
ARTURO FRONDIZI

Secretaria:
BEATRIZ MAAS

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

VICENTE FATONE: La libertad en la historia del pensamiento argentino. — RODOLFO KAISER-LENOIR: Nombres y Apellidos. — JULIO CAILLET-BOIS: José Martí. — VIDA DEL COLEGIO.

AÑO XIV
Volumen XXVIII -
Número 168

C U R S O S
Y
CONFERENCIAS

M A R Z O
D E 1 9 4 6
BUENOS AIRES

**El pensamiento vivo de
Anatole France**

Por LUIS REISSIG

I

**EL PENSAMIENTO DE LA VOLUPTUOSIDAD
Y DE LA TOLERANCIA**

Volver a France a propósito del centenario de su nacimiento no es una aventura de la curiosidad. Los verdaderos grandes escritores han sido, siempre, una expresión de su medio y de su época. Pero más que volver a él es traerlo hacia nosotros para que participe de nuestras preocupaciones y de nuestras luchas. Solamente así se podrá valorarlo. Todo escritor —como todo hombre— son valorados y medidos, antes o después de su muerte, con el patrón del pensamiento de cada época. Es siempre la época la que decide, y no el escritor o el hombre.

He escogido como itinerario el que llamo, con propiedad, el de su pensamiento vivo, porque en él se fijan como hitos ideas que pueden ser consideradas fundamentales. Es también una tentativa de ponerlo en marcha, ahora que el mundo está en marcha, sin que fuerza alguna del mal sea capaz de detenerlo. Y Anatole France será, a no dudarlo, uno de los primeros grandes escritores del pasado siglo que el mundo nuevo reivindicará como suyo, con todas sus fallas y virtudes; y hasta por eso mismo, pues fué un hombre de su tierra y de su época, a las que nada negó: ni la emocionada confesión de sus errores, ni la generosa osadía de su pensamiento.

Conocer la infancia de France es conocer en todos sus matices su infinita voluptuosidad. Sus biógrafos han señalado muchos de estos matices, pero fué él quien se adelantó a confesarlos: "La confesión es un imperioso deseo de las almas". Con lo que ya denuncia su voluptuosidad. El hombre o mujer que se confiesan cumplen un puro acto de voluptuosidad. Es entregarse sin condiciones, puesto que se da lo que se tiene en más alto precio: el secreto, es decir la caja de caudales de los deseos más imperiosos, de las esperanzas que más quemán, de la ambición que más arrebatá; se la guarda bajo siete llaves, hasta que un día, un día inesperado, sin saber por qué, con la violencia del rayo, algo hace saltar la cerradura y el milagro de la revelación se produce. Es sin duda el deseo, el imperioso deseo el que quiebra un largo y hasta entonces impenetrable silencio, pero es la voluptuosidad la mensajera del secreto. El deseo exige; la voluptuosidad se ofrece. "¿Para qué negar los derechos de la pasión? —dice France—. La pasión no pide su parte: la arrebatá con el furor del deseo y la calma de la inocencia. Nada la detiene: posee el sentido de su inevitable fatalidad. ¿Cómo se podría asustarla con amenazas? Sus delicias nacen de la angustia y de la inquietud. Ni siquiera las religiones han podido vencerla: le han ofrecido solamente una nueva voluptuosidad: la voluptuosidad de los remordimientos. Es su única gloria, su felicidad y su castigo. La pasión se burla de los libros que la exaltan o la reprimen" (1).

(1) "La vida literaria" T. I, "Jorge Sand y el idealismo en el arte".

Pero en France la pasión no ha sido su rectora, sino la voluptuosidad. Se ha manifestado en él bajo formas muy diversas. "Las voluptuosidades que se ofrecen a los hombres —dice en "El maniquí de mimbre"— son mucho más variadas de lo que se cree comunmente". ¿Cómo no recordar la voluptuosidad de los bibliófilos? "Los bibliófilos han sido motivo de burla —dice en "El Jardín de Epicuro"— y es posible que, después de todo, se presten a ella; es el caso de todos los enamorados. Pero habría más bien que envidiarles, pues han embellecido su vida con una larga y apacible voluptuosidad". Y en "El libro de mi amigo", esta otra declaración sorprendente: "Quienes no han sido sacudidos a los quince años por una risa loca bajo una lluvia de castigos, ignoran una voluptuosidad"; o cuando al bajar de un árbol, siendo muy pequeño, siente embriagados sus sentidos. Y más fuertemente expresaría este sentimiento en "El Jardín de Epicuro": "La atracción del peligro está en el fondo de todas las grandes pasiones. Su voluptuosidad produce vértigo. El placer mezclado de temor, embriaga".

Larga historia en France la de esta voluptuosidad que es como la espina dorsal de su vida y de su obra. De muy niño —lo recuerda en "El libro de mi amigo"— era "muy sensible a las flores, a los perfumes, al lujo de la mesa y a los vestidos elegantes; y en el capítulo dedicado a "Marcela, la de los ojos de oro" que fué "su madrina y su hada" la invoca diciendo: "bendita seas por el más fiel de tus enamorados, por el único posiblemente que se acuerda todavía de tí; bendita seas por haberme revelado, cuando comenzaba a pensar, los tormentos deliciosos que la belleza da a los espíritus ávidos de comprender... Fué a él a quien tú más diste, oh generosa mujer, pues le abriste con tus dos brazos el mundo infinito de los sueños".

París, el Sena, su hogar, su misma naturaleza contemplativa; todo contribuyó a conformar su espíritu ávido de voluptuosidad. "Nacer, vivir y morir en la misma casa". Este verso de Sainte Beuve habría de murmurarlo —lo confiesa— como una plegaria. Es, además un solitario; lo será toda su vida, hasta en los momentos de mayor gloria y de los más grandes aplausos. Es la consecuencia y hasta la condición de su voluptuosidad. Su pensamiento —lo ha dicho— ha sido "recogido, pausado, soli-

tario" (1). No hay diálogo entre él y la vida: es un soliloquio. El mundo está frente a él, como una representación. "Me he sentido inclinado siempre a considerar la vida como un espectáculo —dice en "El libro de mi amigo"—. No he sido nunca un verdadero observador; la observación necesita un sistema que la dirija y no he tenido nunca un sistema. El observador dirige su vista; el espectador se deja llevar por la mirada. He nacido espectador, y creo que conservaré toda mi vida esa ingenuidad de los papantatas de las ciudades, que se divierten con todo lo que ven y que guardan en la edad de la ambición la curiosidad desinteresada de los niños".

Su condición de espectador es un matiz de su voluptuosidad. "Se deja llevar por la mirada", es decir sigue un curso, obedece. Y cuando dice, hablando de los muelles del Sena: "puesto que hay árboles, libros y mujeres que pasan es el más bello lugar del mundo" (2), no hace otra cosa que confesarla. Y a orillas de ese mismo Sena están los viejos judíos con sus cajas de libros, que contempla o revuelve, y a quienes declara deber más que a los profesores de la Universidad, porque el exponer ante su mirada curiosa las reliquias de todos los tiempos no hicieron otra cosa que acompañar a su pensamiento en el comienzo de una larga y apacible voluptuosidad, que es la que determina en él su falta de vocación para seguir después del bachillerato una carrera universitaria; lo que entristece y amarga a su padre. Y cuando un día, ya en la mitad del camino de su vida, de vuelta en París después de sus vacaciones, dice a sus lectores de "Le Temps": "El azar me gobierna; le confío el cuidado de mis bienes y la administración de mi fortuna" (3), vuelve en realidad a su ruta florida, que no es otra que la de su inalterable voluptuosidad. En ese mismo artículo continúa diciendo: "El azar me roba a menudo, pero el pícaro tiene ingenio: me divierte y le perdono. Además, si es que hace algo de malo, yo lo haría peor todavía... No me da nunca lo que le pido. Y no me disgusta, pues considero que los hombres no formulan sino votos imprudentes y no son nunca tan desgraciados como cuando obtienen lo que solicitan".

(1) "La vida literaria". T. I. Prefacio.

(2) "El libro de mi amigo".

(3) "La vida literaria" T. I. "De regreso. La tierra y la lengua".

En el prefacio del segundo tomo de "La vida literaria" France define con precisión el más bello y el más tierno de sus pensamientos voluptuosos. "Cuando la ruta es florida —dice— no preguntéis adónde conduce. Os doy este consejo desechando la sabiduría vulgar, bajo el dictado de una sabiduría superior. El hombre ignora cuál es su destino. He preguntado por mi ruta a todos aquellos que, sacerdotes, sabios, magos o filósofos pretenden saber la geografía de lo desconocido. Ninguno ha podido indicarme exactamente la buena vía. Es por esto que la ruta que prefiero es aquella donde los olmos se elevan más tupidos bajo el cielo más riente. El sentimiento de lo bello me conduce. ¿Quién está seguro de haber encontrado un guía mejor?". Con tal fuerza vive en él este sentimiento de la belleza, que escribiría poco tiempo después: "Por mi parte, si tuviera que elegir entre la belleza y la verdad, no dudaría un minuto: me quedaría con la belleza, pues ella lleva en sí una verdad más alta y más profunda que la verdad misma. Me atrevería a decir que lo único verdadero en el mundo es lo bello. Lo bello nos trae la más alta revelación que nos es permitido conocer de lo divino. Pero: ¿para qué elegir? ¿Para qué sustituir a la historia narrativa por la historia estadística? Sería reemplazar a una rosa por una papa" (1). Y en el mismo tomo de "La vida literaria" fijaría otro matiz de esta idea: "Gozo más en sentir que en comprender. Es posible que haya en esto alguna pereza de mi parte. Pero la pereza conduce a la contemplación y la contemplación a la beatitud. Y la beatitud es la recompensa de los elegidos" (2).

En "El Jardín de Epicuro" hay un pequeño poema sobre la condición humana y la voluptuosidad: "Si yo hubiese creado al hombre y a la mujer los hubiera formado de acuerdo a un tipo muy diferente del que ha prevalecido, que es el de los mamíferos superiores. Hubiese hecho hombres y mujeres no a semejanza de grandes monos, como en efecto son, sino a imagen de los insectos que, después de haber vivido en estado de larvas, se transforman en mariposas y no tienen otro cuidado hasta el término de su vida que amar y ser bellos. Hubiese puesto la juventud al término de la existencia humana. Hay insectos que en su postrer metamor-

(1) "La vida literaria". "Las injusticias de la historia". T. II.
(2) "La vida literaria". "Mañana".

fosis tienen hermosas alas y carecen de estómago. Sólo renacen bajo esta forma depurada para amar una hora y después morir. Si yo fuese un Dios, o más bien un demiurgo —pues la filosofía alejandrina nos enseña que estos pequeños trabajos son de la competencia del demiurgo o simplemente de cualquier demonio constructor—; si yo fuese, pues, un demiurgo o demonio hubiese tomado esos insectos para modelo del hombre. Hubiese deseado que, como ellos, el hombre realizase al principio, en el estado de larva, los trabajos desagradables que han de proveer a su existencia. En esta fase no habría sexos, y el hambre no envilecería al amor. De suerte luego, que, en una transformación final, el hombre y la mujer, desplegando rutilantes alas, vivieran del rocío y del amor y exhalasen el alma en un beso. Así hubiese dado el amor como premio y coronamiento a sus mortales existencias. Esto hubiera sido preferible. Pero no he creado el mundo, y el demiurgo que de ello se encargó no quiso aconsejarse de mí. Me figuro, dicho sea entre nosotros, que debió pedir consejo a los filósofos y a los hombres de talento”. Y en confesiones de los últimos años de su vida, hechas a su amigo Nicolás Segur, vuelve sobre esta misma idea y agrega: “Sería esta la recompensa, la corona de su vida de esfuerzos, de toda su misteriosa e indescifrable carrera de criatura viviente” (1).

Hasta aquí, la voluptuosidad de France ha sido la voluptuosidad fácil y riente, la del adolescente del muelle Voltaire o del irónico y escéptico de “El Jardín de Epicuro”; es la voluptuosidad sin inquietudes y sin amarguras, la más viva y la más profunda en él, que decora su Villa Saïd, que brillará en los días gloriosos de Coignard y de “La Azucena Roja” y que pondrá la pluma en su mano fatigada y envejecida, en las horas melancólicas de “Pedrín” y “La vida en flor”. Pero cuando France dice: “Nada más contrario a la sabiduría de Epicuro que el amor” (2), comprendemos qué abismo hay en su espíritu que separa a ese amor y a esa sabiduría. Por eso que sus dos más fuertes creaciones que participan del amor-pasión: el pintor Dechartre de “La azucena roja” y el monje Pafnucio de “Thais”, son sus víctimas literarias; casi podría decir que las escarnece por haber ofendido

(1) “Anatole France anecdotique”.

(2) “La vida literaria. T. IV. “Madame de la Sabliere”.

a su diosa la voluptuosidad; porque el exigente amor-pasión de Dechartre y de Pafnucio son pura sensualidad. La sensualidad exige, y en cambio la voluptuosidad no hace más que extender la mano, es una pura sollicitación, no al placer sino a la vida; es el acercamiento suave a las formas y a las ideas, a la belleza y a la gracia, a la bondad y a la ternura. Y en France ha sido todo una pura sollicitación: "Acariciad largo tiempo vuestra frase y acabará por sonreír" (1) dijo para sí mismo. Y este es el único secreto de la dulzura y suavidad de su estilo. Así pudo declarar: "La belleza depende de nosotros; es la forma sensible de todo lo que amamos" (2). Y al hablar de Rabelais, a quien admira como el más grande genio de Francia en su siglo más grande no oculta que "sus burlas ofenden la voluptuosidad, y que éste es su gran pecado" (3).

"Mi inclinación natural —dice en "La vida literaria"— era la de no indagar la causa de las cosas" (4), lo que confirma su inclinación a la voluptuosidad. ¿Para qué inquietar o atormentar el espíritu si el sólo vivir se encarga de ello? "Todos tenemos en el fondo del corazón afición a lo maravilloso" (5) —diría—. "Fuera del placer todo es ilusión" (6). "Todos nos inclinamos a la adoración" (7). Pero es Epicuro, en punto a voluptuosidad, el dueño y señor de France.

No cabría, por cierto, explicar aquí a Epicuro, cuyas palabras suenan a cosa muy distante en estos días de tragedia. France dirá que "el epicureísmo nos protege del dolor, y la santa simplicidad nos conduce a la alegría"; y que "como los hombres sólo son capaces de desear y de sufrir, deben proporcionarse virtudes indulgentes y voluptuosas"; para llegar en "Las opiniones de Jerónimo Coignard", que contiene las dos anteriores, a esta declaración: "Epicuro y San Francisco de Asís son, en mi sentir, los dos mejores amigos que la humanidad sufriente ha encontrado hasta ahora en su marcha desorientada. Epicuro liberaba a las almas de terrores vanos y enseñaba a condicionar la idea de la feli-

(1) "J. J. Brousson "Anatole France en pantuflas".

(2) "La vida literaria". T. I. "George Sand".

(3) Ib. T. III "Rabelais".

(4) T. III "Barbey D'Aurevilly".

(5) Ib. T. II. "Novela y magia".

(6) Ib. P. III "Sobre Juana de Arco".

(7) "El Jardín de Epicuro".

cidad a su miserable naturaleza y a sus débiles fuerzas. El buen San Francisco, más tierno y más sensual, las conducía a la felicidad por el éxtasis, y quería que a su ejemplo las almas se expandieran de gozo en los abismos de una maravillosa soledad. Los dos fueron buenos; uno, destruyendo ilusiones falaces, el otro, al crear ilusiones de las que nunca se despierta”.

Si el lector de France se repitiera para sí fuertemente estas palabras, no tardaría en percibir que el epicureísmo, como la voluptuosidad, son en France más que el puro apetito de la carne el goce de la paz y de la serenidad, de la belleza y de la gracia, si bien es cierto que tampoco se trata de lo que podríamos llamar la voluptuosidad celeste, la bienaventuranza descarnada y brumosa, con ojos de visionaria, sino la llana y dulce voluptuosidad que crea la vida y que cobra todas las formas de la vida.

Que en France la voluptuosidad no es la lujuria del placer está bien de manifiesto en todos sus libros. Es la tesis de Epicuro: “no buscar siempre y en todo el placer”, “ni evitar el dolor a cualquier precio”; “apreciar mejor las alegrías que nos ofrece la vida efímera” (1); y como “la alegría de comprender es triste” (2) se sintió inclinado —lo declara— “a la tristeza, a la dulzura y a la piedad”. “A cada tragedia que leía —dice— eran nuevas alegrías y lágrimas y nuevos estremecimientos” (3). “Qué hay de más legítimo y humano que engañar al dolor?” (4). “Es que las horas del amor no son las únicas que cuentan en la vida? ¿Qué importa que el tiempo esté medido si no lo está el amor? Deseemos para cada uno de nosotros que el sueño de la vida sea, no largo y monótono sino dulce y consumido por la ternura”. “Debemos a nuestras debilidades y a nuestras miserias lo mejor de la vida: el deseo de amar” (5). “La esperanza y el deseo son casi siempre mejores que todo lo que se desea y espera” (6). Y como France está siempre atento a la realidad que le sirve de sustento, dice en “Historia de Cómicos”, libro que él apreciaba mucho: “Se ama lo que se puede, como se puede, y con lo que se puede”. De Sten-

(1) “Epicure. Doctrines et maximes”. Maurice Solovine.

(2) “El libro de mi amigo”.

(3) *Ib.*

(4) “La azucena roja”.

(5) “El genio latino. “Alberto Glatigny”.

(6) “Nuestros niños”. “La convalecencia”.

dhal dijo: "No fué epicúreo, porque no es serlo, serlo como él, con ímpetu y con furor" (1).

La voluptuosidad en France se confunde con él mismo. Podríamos decir de ella lo que el mismo France dijo para definir qué debía entenderse por un estilo simple: "un todo en el que las partes están tan bien fundidas que ya no se las distingue. Un buen estilo en fin, —agregaba— es como ese haz de luz que entra por mi ventana en el momento en que escribo y que debe su claridad pura a la unión íntima de los siete colores de que está compuesta" (2). Y así fué su voluptuosidad: el haz de luz que iluminaba todo su ser, y que al mismo tiempo fué alumbrando su camino, desde la infancia hasta la vejez, tanto en el niño del muelle Voltaire, como en el demiurgo de "El Jardín de Epicuro" o en el Lucifer de "La Rebelión de los Angeles". Es, primero, la voluptuosidad de las formas y los colores, luego, la de las alegrías, y al final, la de las lágrimas. El miró, también, hacia el lado del amor, en aquellos días de su encuentro con María Bagration, de que nos habla en "La vida en flor"; pero podríamos repetirle sus mismas palabras de "La vida literaria" cuando se refiere al escepticismo absoluto; "He mirado, —dice— lo confieso, más de una vez hacia el escepticismo absoluto; pero jamás he penetrado. He temido poner el pie sobre esa base que devora todo lo que se apoya en ella. He temido a esta palabra, de una esterilidad formidable: dudo. Es tal su poder, que la boca que la ha pronunciado convenientemente queda sellada para siempre y nunca más volverá a abrirse" (3). Palabras estas que podríamos por nuestra cuenta glosar así: "He mirado, lo confieso, más de una vez hacia el amor absoluto, pero jamás he ido hacia él. He temido poner el pie sobre esa base que devora todo lo que en ella se apoya. He temido a esta palabra de una esterilidad formidable: amo. Es tal su poder, que la boca que la ha pronunciado convenientemente queda sellada para siempre, y nunca más volverá a abrirse para repetirla a otro ser". Podríamos, tal vez, preguntarle: pero ¿la voluptuosidad no implica también el anodamiento? Oigamos a France: "La condición de la voluptuosidad es el anodamiento. No hay otra. Mas, ¿cómo experimentarlo cuando se tiene conciencia?"

(1) "Páginas de historia y literatura". "Stendhal".

(2) "El Jardín de Epicuro".

(3) "La vida literaria". T. III. prefacio.

(1). Y aquí percibimos lo que la voluptuosidad representó en su vida: fué la luz, sin ser, desde luego, el objeto iluminado. El objeto iluminado fué toda su vida, en la que él fué actor y espectador simultáneamente, pero más espectador que actor. Le decía cierta vez a su amigo Nicolás Segur, confirmándole, sin mencionarla, esa su actitud de espectador: "Sí, el amor es una suerte de match entre el pudor y el deseo, entre la honestidad y la concupiscencia. Siempre me ha interesado contemplar ese juego. Requiere astucia e instinto, espontaneidad y reserva. Juego fatigoso, sin sinceridad, juego de salón, pero muy áspero y cálido. Por lo general, es el Deseo el que tiene todos los triunfos en la mano. Por cierto que deberían corresponderle todos los puntos. Pero no vence más que a hurtadillas, y cubriéndose el rostro con la mano a fin de escapar al ojo vigilante del pudor. Pero aún así, triunfa; y triunfa siempre". Y como una afirmación más de lo que el deseo significa en la vida agregaría: "Dios nos gobierna por el hambre y sobre todo por el deseo. El nos hace inclinar la frente a todos ante la voluptuosidad (2).

¿Pero, qué es esta voluptuosidad de que tanto nos habla y exalta, y que tomada muy a la ligera parecería la imagen del pecado, la renuncia a la templanza y a la sabiduría, a las alegrías puras y al cariño sin brumas? La prosa, el estilo, el pensamiento, la vida de France nos lo están diciendo: es llegar a la vida como una solici-tación, es conocerla y reconocerse en ella, comprenderla y compade-cerla, pedirle que se torne benévola y humana, sin excluir sus lu-chas, sus necesarias luchas, porque sería contradecir o negar al viejo Heráclito, de cuyo seno él ha nacido. En su libro "Pedrín" nos indi-ca una vía para comprenderla: "Sólo los que son dulces para los demás lo son para con ellos mismos". Y en otro de sus libros, en "El genio latino", afirmaría con más intensidad ese pensamiento: "Desconfiad de los verdugos de sí mismos: os maltratarán por des-cuido". Y ahora se comprende por qué condenó siempre con aspe-za a los que hacían de la virtud, no la fuerza creadora de la vida, sino un instrumento de tortura. Lo vemos en "Los Dioses tienen sed" con el pintor Evaristo Gamelin, jurado del tribunal revolucio-nario, y un tanto el Robespierre de la novela. Dice de él: "es vir-

(1) N. Segur. "Conversations avec Anatole France ou Les melan-colies de l'intelligence".

(2) "Anatole France anecdotique".

tuoso; y por lo tanto será terrible". Y si con el Dechartre de "La azucena roja" es también severo, aunque sin violencia, y con el monje Pafnucio de "Thais" es sarcástico hasta la impiedad, con Evaristo Gamelín, el virtuoso Gamelín, France se convierte un poco en el miembro de otro tribunal muy curioso, donde la diosa templanza preside con la toga de la diosa furia. Cómo no habría de pensar y sentir así el hombre que escribió en "El pozo de Santa Clara": "el ascetismo no es más que orgullo y rebeldía", y que del sacrificio sólo elogiaba "su austera dulzura"? Él piensa, como el abate Coignard, que los hombres "deben darse solamente virtudes indulgentes y voluptuosas".

Qué es su voluptuosidad, dijimos; pero, ¿por qué es?, ¿por qué lo acompaña a todo lo largo de su vida hasta hacerle decir "que el amor no florece más que en el dolor"? (1). ¿Por qué esta insistencia, si de todos modos el fin es idéntico? Sí, el fin es idéntico, pero el camino, no: ya lo dijo el caminante de los muelles de Sena: "Cuando la ruta es florida no preguntéis adónde conduce" (2). Y ese caminante ha reflexionado siempre mucho (él confiesa que ha vivido demasiado en el mundo de las ideas) y ha llegado a la conclusión de que la vida sólo es soportable, sólo es justificable cuando la alegría viene a darnos de tanto en tanto el reposo que anhelamos. Y al mismo Nicolás Segur le haría esta confidencia en los días brillantes del salón de Madame de Caillavet, de la Avenida Hoche, cuando Jerónimo Coignard lanzaba a profusión sus ironías terribles y Luciano Bergeret iniciaba su larga meditación bajo los olmos del paseo: "Voy a deciros cuál es el secreto del Universo. Me lo han enseñado esta mañana y voy a revelároslo. El secreto del Universo es la voluptuosidad . . . La Voluptuosidad ha inventado las artes, creado las letras, producido todas las guerras, coronado todas las glorias. Se ha dicho que los ejes de la vida son el hambre y el amor. Pues bien: ¡no! El hambre está para engañarnos y mantenernos mientras buscamos al amor. Y este no es más que un medio; sólo la voluptuosidad es el fin. Pero no me parece suficiente elogiar así la voluptuosidad. Lo que es necesario poner de manifiesto sobre todo, es su poder de embellecer el mundo. Pues habréis notado que la naturaleza no es ni bella ni fea. Ella es, he ahí todo. Unica-

(1) "El Jardín de Epicuro".

(2) "La vida literaria". T. II. Prefacio.

mente el juicio del hombre es el que le atribuye la belleza o la fealdad. Según nuestra disposición o nuestro estado de espíritu, vemos —pobres alucinados que somos— sombras o luz sobre el cuadro neutro e indiferente del universo"; y agrega, ya con énfasis: "¡Un poco de voluptuosidad! dice el hombre exaltándose delante de la belleza; ¡un poco de voluptuosidad!, cantan los pájaros en primavera; ¡un poco de voluptuosidad!, exhala la rosa expandiendo su perfume. Y apenas la rosa, el pájaro, el hombre obtienen ese poco de voluptuosidad, mueren enseguida". E inclinándose más hacia Segur le dice: "Y bien; no amigo mío: el secreto del universo no es la voluptuosidad, sino el dolor. La voluptuosidad, en realidad, no es más que un subproducto. El dolor es la triste perla de la tierra. Creamos dolor sin cesar. Este es nuestro infierno, nuestra miseria, y de alguna manera también nuestra grandeza. El hombre construye sólo por el esfuerzo y las lágrimas. Feliz, sería como si no existiera. Próspero, no avanzaría casi. Toda criatura encuentra un pedestal sobre el cual consigue elevarse un poco, y ese pedestal se llama sufrimiento. Es por esto que la religión cristiana que ha encontrado la palabra mágica: "Bienaventurados los que sufren", ha conquistado de un golpe a todos los desdichados, quiero decir al mundo. En cuanto a la voluptuosidad, no es sino la más grande proveedora de dolor, lo que es ya mucho" (1).

Y ahora que hemos dicho qué es y por qué es la voluptuosidad en France, vamos a preguntarnos: ¿es sólo voluptuosa su voluptuosidad, o no es también la fuente principal de su tolerancia?

En "El libro de mi amigo" dice esta cosa, muy perdida entre las piezas maestras de su nutrido taller: "Soñaba con ser un solitario, pero cada mañana la vida me tiraba de las orejas hacia las pequeñas distracciones entre las que se deslizan las vidas humildes". Y así inicia su marcha en la vida el pequeño caminante. Y vuelve a encontrarse con las figuras y los hechos que lo llevarían, siempre de la mano de la voluptuosidad, por los caminos más inesperados. "Mientras mi madre me inducía dulcemente a adorar las imágenes, la señora Mathias me enseñaba a despreciar la superstición" (2). Y France comienza desde muy niño a conocer, a través de la voluptuosidad, el sentido profundo de las vidas humildes, de las cosas

(1) "Conversations avec Anatole France ou Les melancolies de l'intelligence".

(2) Pedro Noziere.

que pocos ven, de las alegrías ocultas, del dolor sin tragedia. "El sufrimiento no es bueno", sería una de sus primeras afirmaciones. Y, en "El Jardín de Epicuro" denunciaría con mucha suavidad su espíritu de tolerancia: "Cuando se dice que la vida es buena o cuando se dice que es mala, se dice una cosa sin sentido. Es preciso decir que es buena y mala a la vez, pues ella, y sólo ella, nos da idea de lo bueno y de lo malo. En verdad, la vida es deliciosa, horrible, encantadora, espantosa, dulce, amarga; la vida es todo. Sucede con ella lo que con el arlequín del buen Florián: Uno la ve encarnada, otro la ve azul, y ambos la ven como es, puesto que es encarnada y azul y de todos los colores. He aquí un punto en el que todos podríamos estar de acuerdo y reconciliar a los filósofos que se zahieren mutuamente. Pero estamos de tal suerte conformados, que deseamos forzar a los demás a que piensen y sientan como nosotros, y no permitimos que el vecino esté alegre cuando nos sentimos tristes".

Estamos en la tolerancia, pero no nos hemos movido de la voluptuosidad. "Todos los fanatismos, aún los movidos por la virtud, espantan a las almas rientes y francamente abiertas" escribiría en "La vida literaria" (1). Y su Fray Giovanni de "La tragedia humana" diría en su lenguaje, áspero y suave a la vez, estas palabras que confirman todos los motivos por los cuales France se inclinó a la tolerancia y a la voluptuosidad: "mientras los hombres sean avaros y crueles tornarán crueles las leyes más dulces y despojarán a sus hermanos con palabras de amor". "Guardaos de querer la felicidad del pueblo con demasiada fuerza y aspereza, por temor de que se deslice alguna crueldad en vuestro deseo" (1). Y en el "El maniquí de mimbre": "No seáis justos: sed indulgentes". "Nuestro orgullo es la primera causa de nuestras miserias". "Mi inferioridad —agregaría— es la de saber que soy tolerante y sociable".

Pero, no siempre su tolerancia se desliza por la pendiente suave de la voluptuosidad. Tanto como de sentimientos, es un hombre de ideas. Cuando en 1883 el Consejo Municipal de París resuelve reemplazar en los hospitales de su dependencia las hermanas de caridad por enfermeras laicas, France publica en "L'Univers illustré"

(1) T. II "Alejandro Dumas hijo".

(2) "El pozo de Santa Clara".

—donde colabora regularmente— una protesta por ese hecho, y califica de demagogos a los ediles. Dice de las hermanas de caridad: “constituyen una maravillosa escuela”. ¿Y por qué se las ha despedido”? —se pregunta— “Porque creen en Dios —se contesta— y podría suponerse que diesen a los desdichados la fe que sostiene, la esperanza que consuela. No tengo ningún inconveniente en confesar que no creo en absoluto en lo que ellas creen y que su idea del mundo no es la mía”. Y en 1888, al publicarse el libro de su amigo Fernand Calmettes “Brave fille” en el que los censores han eliminado toda alusión a Dios, declara desde aquella gran tribuna laica que fué el diario “Le Temps”: “He ahí la amplitud de ideas y de espíritu de nuestros radicales. ¡He ahí cómo entienden la tolerancia, la libertad intelectual, el respeto a las conciencias!” (1). Lo que no impide que siempre sostenga en forma bien visible su ateísmo y su adversión sin atenuantes a los monjes. Y en “El Jardín de Epicuro” desarrollaría bajo otro matiz su sentimiento y su idea de la tolerancia: “La intolerancia es de todos los tiempos —dice—; no hay religión que no tenga sus fanáticos. Estamos hechos para adorar. Todos lo que amamos, nos parece excelente, y nos disgusta que se nos señalen los defectos de nuestros ídolos. A los hombres les duele poner un poco de espíritu crítico en la fuente de sus creencias y en los orígenes de su fe. Verdad es que si se examinan mucho los principios, jamás se creería en nada”.

Pero ya entramos en lo que podríamos llamar el prefacio del capítulo siguiente. Ya estamos a las puertas de su escepticismo, que es el reverso, la otra cara de su tolerancia. Por hoy nos detendremos aquí. Volvamos, pues, al momento de su protesta de libre pensador tolerante —de aquellos libres pensadores que fueron el honor del siglo XIX. France sabe bien por aquel entonces que hay deberes que cumplir y que la tolerancia que nace de la voluptuosidad como comprensión de las pocas alegrías y de las muchas miserias humanas, nada tiene que ver con la complicidad en el error, en la maldad o en la injusticia. Y llegarán para él los días del proceso Dreyfus, de la guerra y de la revolución; y el voluptuoso mostrará el generoso sentido de su fe profunda. Un día leyó en Buenos Aires una conferencia sobre “Pantagruel”. Habló de aquel año doloroso y sombrío de 1546 en que Rabelais

(1) “La vida literaria”. T. II. “Brave Fille”.

lo publicaba: "El Rey Francisco I, desazonado y enfermo, no resistía ya a las exigencias crueles de la Sorbona y del Parlamento. Los enemigos del pensamiento eran ásperamente implacables con los humanistas, con los filósofos, los sabios, los poetas, contra cualquiera que se inclinara a reformar la Iglesia o a luteranizarla en algo". Prisiones, suicidios, muertes y torturas. "Y es en ese clima lúgubre —dice France— entre ese hedor a carne quemada, que estalla la voz bienhechora de un bufón lleno de sabiduría"; ese bufón es Rabelais. Y contra esa intolerancia que empuja hacia atrás a la vida del hombre, y que retrasa el comienzo del mundo nuevo, France levanta muy en alto el signo de su tolerancia.

Aunque no se la mencione en muchas de sus obras, se podrá ver que la voluptuosidad es la raíz de que se nutren la ironía y el escepticismo, las afirmaciones y los ensueños, la bondad y la ternura del pensamiento de France; y que esa voluptuosidad es también la luz más viva del pensamiento de todo un siglo. Fué el siglo XIX, el gran siglo de la tolerancia, y si en su seno se cometieron injusticias y crímenes —¿en qué siglo, en que época no se cometen?— nos compensó lo suficiente de sus faltas con sus dones. Todas las grandes creaciones de nuestro siglo, diabólico en apariencia, tuvieron en él sus premisas. Por eso creo que la tolerancia será el fruto de esta larga lucha entre las intolerancias, la síntesis extraordinaria de este gran encuentro dialéctico. Creo también, por ello, que no es ocioso volver a France en estos días de tragedia, y que nada se borra de lo que se anota en el libro del tiempo y con la marcha del tiempo.

II

EL PENSAMIENTO DE LA IRONIA Y EL ESCEPTICISMO

Después del amanecer en France, que es el de su voluptuosidad y su tolerancia, llegamos hoy a la hora del resplandor de su ironía. Abrimos la ventana y entra un rayo de sol: "Sin la ironía el mundo sería como una floresta sin pájaros; la ironía es la alegría de la reflexión, el goce de la sabiduría" (1). Dejemos que el rayo de sol ilumine la estancia y que se acerquen a nuestra mesa los genie-

(1) La vida literaria. T. III. "Rabelais".

cillos alados de sus sonrisas ligeras: "Un verso en las manos de un filólogo es como una flor entre los dedos de un botánico" (1). "La filosofía y la literatura son "Las Mil y una Noches de Occidente" (2). "Hay hombres que desean encerrar el universo en una vitrina. Tal es la aspiración de todo coleccionista. Y como ese sueño es irrealizable, los verdaderos coleccionistas tienen como los amantes, aún en la felicidad misma, tristezas infinitas. Saben bien que jamás podrán encerrar a la tierra en una vitrina, bajo llave. De ahí su melancolía profunda" (3). Y en "El jardín de Epicuro" expresaría con sonrisa más fragante este mismo pensamiento: "Por poco que se haya tratado a los sabios se advierte que son los menos curiosos de los hombres. Hace algunos años, encontrándome en una ciudad europea, cuyo nombre no quiero mencionar, visitaba las colecciones de historia natural en compañía de uno de los encargados, quien me iba describiendo los zoolitos, con complacencia extrema. Aquel hombre me enseñó no poco hasta llegar a los terrenos pliocenos. Pero cuando nos encontramos ante los primeros vestigios del hombre, volvió la cabeza y respondió a mis preguntas que aquélla no era su vitrina. Deploré mi indiscreción. Conviene no preguntar a un sabio los secretos del universo que no están en su vitrina. Eso no les preocupa en absoluto". Y en su cuento "Baltasar" su ironía se eleva: "Las ciencias son bienhechoras: evitan que los hombres piensen". Y como una afirmación de su vieja tolerancia: "Si comprendiéramos la figuras de las almas como las figuras geométricas, no sentiríamos aversión hacia los espíritus limitados, del mismo modo que un matemático no la demuestra ante un ángulo que por tener cinco o seis grados de abertura carece de las propiedades del ángulo recto" (4). Y hablando para las mujeres, dice en "El Jardín de Epicuro": "Francamente, no creo que el racionalismo sea bueno para vosotras. En vuestro lugar, yo no estimaría gran cosa a los psicólogos, que son indiscretos, que os analizan demasiado, que os califican de enfermas cuando los demás os creemos inspiradas y que denominan predominio de los movimientos reflejos, vuestra sublime facultad de amar y de sufrir. No se habla de vosotras en ese tono en la leyen-

(1) Ib. T. I "Sobre el muelle Malaquais".

(2) Ib. T. II "Eurípides".

(3) Ib. "Bibliofilia".

(4) "Pedro Noziere".

da dorada: en ella se os llama blanca paloma, lirio de pureza, rosa de amor. Esto es más agradable que oírse denominar histérica, alucinada y cataléptica, como se os dice cotidianamente desde que la ciencia ha triunfado. En fin, yo, en vuestro lugar, sentiría aversión hacia todos los emancipadores que desean haceros iguales a los hombres. Os exponen a caer. ¡Donosa ocurrencia la de igualaros a un abogado o a un boticario! Tened cuidado: ya os habéis despojado de algo de vuestro misterio y de vuestro encanto. No todo se ha perdido: aún se baten, se arruinan, se suicidan los hombres por vosotras; pero los jóvenes sentados en los tranvías os dejan de pie en las plataformas. Vuestro culto se muere como los viejos cultos". Si France hubiera podido vivir los años mórbidos y tempestuosos del freudismo ¡qué no hubiera agregado a esa página de pillería de "El jardín de Epicuro"!

El rayo de sol nos ha traído en su haz vaporoso las primeras luces del despertar de su ironía. Da pleno sol sobre la estancia. A su abrigo, quieto, regalón, vigilante, está el atribulado y sumiso Riquet, el perro Riquet a quien el día en que su amo Bergeret acmbia de morada, los changadores lo echan de todas partes y no encuentra en su propia casa lugar alguno donde apoyar la cola. Y Riquet habla de este modo: "Los hombres, los animales, las piedras aumentan de tamaño cuando se acercan, y se hacen enormes cuando están frente a mí. Yo, no. En cualquier parte que esté soy siempre grande". "Cuando mi amo me tiende debajo de la mesa el alimento que está por llevar a su boca, es para tentarme y castigarme si sucumbo a la tentación. No puedo creer que él se prive por mí". "Hablo cuando quiero. De la boca del amo salen también sonidos que tienen un significado. Pero ese significado no es tan preciso como el que yo expreso por los sonidos de mi voz. En mi boca todo tiene un sentido. En la del amo hay ruidos inútiles. Es difícil, y necesario, adivinar el pensamiento del amo". "El olor de los perros es delicioso" (1). Observemos bien que en Riquet está ya la ironía de la meditación más que la ironía de la gracia, y que por poco que se contacte con ella percibimos sus puntos sensibles. Cuando Riquet dice: "Todo pasa y se sucede; sólo yo permanezco", estamos en el momento en que la flor de la ironía de France acaba de exhalar sus más bello perfume, y se inicia

(1) "Riquet".

con la madurez de la flor su inevitable decadencia. "Estoy en medio de todo, y los hombres, los animales y las cosas están colocadas, hostiles o benévolas, a mi alrededor". Todavía conserva el sabor del néctar en sus labios golosos, y declara: "Una acción por la cual se castiga es una mala acción. Una acción por la cual se reciben caricias es una buena acción". Pero el sabor delicioso se desvanece pronto: "Nunca se sabe si se obra bien con los hombres. Es necesario adorarlos sin intentar comprenderlos. Su sabiduría es misteriosa". Hasta que llega a Riquet el momento del sobrecoimiento: "¡Oh Temor! Temor augusto y maternal. Temor santo y saludable: penetra en mí, cólmame, a fin de que evite lo que podría perjudicarme, y por temor de que al abalanzarme sobre un enemigo tenga que sufrir por mi imprudencia". "El mundo está lleno de cosas hostiles y temibles". Y al fin, su plegaria de vencido: "¡Oh! mi amo Bergeret, dios de la comida, yo te adoro. ¡Terrible, sé loado! Y loado, sé propicio. Me arrastro a tus pies; te lamo las manos. Eres muy grande y muy bello cuando devoras, delante de la mesa tendida y de las fuentes repletas. Eres muy grande y muy hermoso cuando haciendo brotar la llama de una chispa de la madera, cambias la noche en día. Y tú, Angélica la cocinera, divinidad muy grande y muy buena, te temo y te venero a fin de que me des de comer" (1).

Pero es con Jerónimo Coignard y Luciano Bergeret que la ironía de France mostraría su sentido íntimo. La ironía de France es alegre, triste, suave, ardiente, piadosa, impía, es decir, humana. Si en sus primeros años de escritor predomina la suavidad y en sus últimos la desolación, nunca dejó de convivir con todas; y no hubo rincón de su pensamiento en el que ella no penetrara. "La inmensa ironía de las cosas habían pasado por su espíritu y lo había tornado accesible, sonriente y suave", (2) —dice de Bergeret, es decir de sí mismo—. Y ¿cómo no recordar sus ironías sobre la justicia, sobre esa cosa tan grave para los hombres, que se llama la justicia? Y ¿cómo no recordar, hablando de justicia, al infeliz Crainquebille, llevado a prisión por una falta de la que no se considera culpable, humillado y despreciado luego, y al fin reducido a la miseria en medio del olvido de un mundo en el que se

(1) Ib.

(2) "El olmo del paseo".

creía feliz, y que de pronto descubre que ni uno ni otro se comprenden? Y fué Crainquebille, sin embargo, una de esas obras que se escriben en las horas breves y ligeras, en un viaje cualquiera, en la cabina o la cubierta de un yatch, al pasar, tal como Erasmo escribió aquel catecismo de los humanistas que se llama "El elogio de la locura". "Su abogado defensor —dice France hablando de Crainquebille— le había casi persuadido de que no era inocente". "La justicia es la sanción de las injusticias inevitables. La justicia es social. Sólo los espíritus imperfectos pueden pretender que sea humana y sensible". "La idea de una justicia justa, sólo ha podido germinar en la cabeza de un anarquista". Y para que se comprenda mejor qué puede entenderse por el aspecto social de la justicia, nos habla del valor que el Tribunal atribuye a los testimonios que se le ofrecen. Uno es el del Dr. David Mathieu, oficial de la Legión de Honor que depone en favor de Crainquebille; otro es el del propio Agente Nº 64 que atribuye a Crainquebille el horrible insulto de "¡Mueran las vacas!". El tribunal se inclina por el testimonio del Agente Nº 64; pero he aquí las razones: "Los que pretenden que las sentencias de los tribunales estén fundadas en el examen minucioso de los hechos, son temibles sofistas y enemigos pérfidos de la justicia. El presidente del Tribunal tiene demasiado espíritu jurídico como para hacer depender sus sentencias de la razón o de la ciencia, cuyas conclusiones están siempre sujetas a eternas disputas. Las funda sobre los dogmas y las basa sobre la tradición. . . Tiene por irrefutable el testimonio de un guardián del orden, abstracción hecha de su humanidad y concebido metafísicamente. . . A decir verdad, él no considera al agente Bastián Matra como una persona, sino como el Agente Nº 64. Un hombre es falible, piensa, Pedro y Pablo pueden engañarse. Descartes y Gassendi, Leibniz y Newton, Bichat y Claudio Bernard han podido equivocarse. Todos nos equivocamos, y en todo momento. Nuestras causas de error son innumerables. Las percepciones de los sentidos y los juicios del espíritu son fuentes de ilusión y causas de incertidumbre. No hay que fiarse del testimonio de un hombre. "Testis unus, testis nullus". Pero se puede tener fe en un número. Bastián Matra es falible, pero el Agente Nº 64, abstracción hecha de su humanidad, no se engaña. Es una entidad. Una entidad no tiene nada de lo que turba a los

hombres, los corrompe, o los engaña. Es pura, inalterable y sin mezcla. Así, el tribunal no ha dudado un minuto en rechazar el testimonio del doctor David Mathieu, que no es más que un hombre, para admitir el del Agente N° 64, que es una idea pura y como un rayo de Dios que ha descendido hasta el estrado". Y después de este prefacio a sus verdaderos pensamientos sobre la justicia, declara France: "La sociedad reposa sobre la fuerza, y la fuerza debe ser respetada como el fundamento augusto de las sociedades. La justicia es el gobierno de la fuerza. El presidente del tribunal sabe que el Agente N° 64 es una prolongación del soberano". "El soberano reside en cada uno de sus subordinados. Arruinar la autoridad del Agente N° 64, es debilitar al estado. Comer una de las hojas del alcaucil es comer todo el alcaucil, dice Bossuét en su lenguaje sublime". Y abriendo más los ojos a la realidad, agrega: "Sin los gendarmes, el juez no sería más que un pobre iluso". "La tarea augusta del juez es asegurar a cada uno lo que le pertenece: al rico, su riqueza, y al pobre su miseria". Lo que le llevaría a decir en el mismo libro: "En tanto la sociedad esté fundada sobre la injusticia, las leyes tendrán por función defender y sostener la injusticia". "He reflexionado sobre la filosofía del derecho y he reconocido que toda la justicia social reposa sobre estos dos axiomas: el robo es condenable y el producto del robo es sagrado. Estos son los principios sobre los que se asienta la seguridad de los individuos y que mantienen el orden en un Estado. Si uno de estos principios tutelares fuera desconocido, toda la sociedad parecería. Y esta confesión a su amigo Segur: "He visto una sola vez jueces íntegros: fué en un cuadro" (1).

Su ironía es un constante ir y venir desde el espectáculo de la vida al campo de la abstracción. Son ahora más de las doce en su reloj solar. Ya comienzan a alargarse las primeras sombras, pero todavía sigue sonriente y amable su ironía: "Los mártires carecen de ironía, lo cual es un defecto imperdonable". "La distinción entre el bien y el mal en las sociedades humanas es sólo un empirismo de los más groseros. . . Practicamos la indiferencia moral con respecto a los animales. La practicamos en cuanto a los salvajes. Esto nos permite exterminarlos sin remordimientos. Es lo que se llama la política colonial". "Cada uno de nosotros se

(1) N. Segur. "Le genie européen".

cree el centro del universo. Es una ilusión común, de la que ni el barrendero se libra. Le entra por los ojos, cuyas miradas, haciendo girar a su alrededor la bóveda celeste, lo sitúan en el mismo centro del cielo y de la tierra. Es posible que este error se haya desvanecido algo en quien ha meditado mucho. La humildad, rara entre los doctos, lo es más aún entre los ignaros". "Una teoría filosófica del mundo se parece a éste tanto como podría parecerse a la tierra una esfera con sus trazos de longitud y latitud. La metafísica tiene de admirable en que quita al mundo todo lo que tiene y le da lo que no posee; trabajo maravilloso, sin duda, y juego más hermoso, más noble que las damas y el ajedrez, pero de igual naturaleza al fin. El mundo imaginado se reduce a algunas líneas geométricas, cuyo trazado encanta. Un sistema como el de Kant o Hegel no difiere esencialmente de esos solitarios con que las mujeres engañan, con los naipes, el hastío de vivir". Voy repitiendo palabras tuyas de "El Jardín de Epicuro", que ha sido juzgado como la biblia de su incredulidad. "La vida se parece a un vasto taller de alfarería donde se fabrica toda suerte de cacharros para destinos desconocidos. Algunos, rotos en el molde, hay que arrojarlos como viles restos que no sirven para nada. Los demás sólo se emplean para usos absurdos o desagradables. Esos cacharros somos nosotros". "Las filosofías son interesantes sólo como monumentos psíquicos adecuados para ilustrar al sabio sobre los diversos estados, por que ha atravesado el espíritu humano. Preciosas para el conocimiento del hombre no podrán enseñarnos nada que no sea el hombre. Los sistemas son como esos delgados hilos de platino que se coloca en las lentes de los telescopios para dividir el campo de la visión en partes iguales. Son útiles para la observación exacta de los astros, pero son cosa del hombre y no del cielo. Bueno es que haya hilos de platino en las lentes; pero no se debe olvidar que es el óptico quien los ha puesto". "Crear el mundo es menos difícil que comprenderlo". "Es un abuso inicuo de la inteligencia el emplearla en la búsqueda de la verdad". "Todos estamos rodeados de tinieblas, y si el sabio se arrima a la pared, el ignorante continúa tranquilamente en medio de la habitación". Y en "La vida literaria" aclararía muy bien el punto de mira de su pensamiento irónico: "Debe permitirse a los pobres humanos el que no pongan siempre de acuerdo a sus máximas con sus sentimientos. Hay que soportar, incluso, que cada uno de nos-

otros posea a la vez dos o tres filosofías; pues, a menos de haber creado una doctrina, no hay ninguna razón para creer que una sola es buena; esta parcialidad sólo es excusable en un inventor". Y en "Las opiniones de Jerónimo Coignard" lo expondría en toda su desnudez: "Cuando se pretende que los hombres sean buenos y sabios, libres, moderados y generosos, se llega, fatalmente, a querer matarlos a todos".

Si nos detenemos a contemplar esta cara sonriente de la ironía de France, comprenderemos que él no ha querido humillar a la sabiduría, y menos a la inteligencia, a la cual el hombre debe todo lo que es; ha querido solamente poner un espejo delante del orgullo y la soberbia, para que ellas a su vez contemplen rictus y muecas donde sólo se empeñan en ver la risa victoriosa de su soberanía sin término. En páginas que quedaron inéditas hasta después de su muerte, había escrito: "No hay amo más déspota que el amo que uno mismo crea, ni tirano más cruel que el que se lleva dentro de sí". Por eso dice: "Prefiero a un hombre que es cruel por temor, pues se torna dulce cuando ya no tiene nada que temer; mientras que el héroe siempre es feroz" (1).

Pero ¿por qué France sonríe tan a menudo y es tan confidente y tan prolongada su sonrisa?: "Los hombres más tiernos —dice— no son los menos burlones; la misma sensibilidad nerviosa que los excita a llorar de muchas cosas los mueve a reír de muchas otras" (2). Esta es su disposición natural, propia de su temperamento voluptuoso: Pero ¿qué otra cosa bulle bajo su sonrisa? Oigamos su confesión íntima: "La ironía es como el velo púdico de nuestro dolor, la pobre coraza de nuestra impotencia" (3). "Cuando se comprende que la naturaleza es sorda y los cielos no tienen límites, que todo es irremediable, ya no se irrita uno: se sonríe cortésmente, procurando cubrir púdicamente con un manto esta tragedia íntima de la inteligencia, esta horrible desnudez de la vida" (4). Y al hablar de Alfredo de Vigny nos haría sentir el clima cálido de su pensamiento irónico: "La ironía es la última fase de la desilusión".

(1) Michel Corday. "Dernières pages inédites d'Anatole France".

(2) "El genio latino". "Jean Racine".

(3) Nicolás Segur. "Anatole France anedoctique".

(4) Nicolás Segur. "Conversations avec Anatole France ou les melancolies de l'intelligence".

Y cuando llega la hora del crepúsculo, cuando ya las sombras se esfuman en la gran sombra que ha de venir, Anatole France, desde la alta serenidad de su pensamiento dice estas palabras, consoladoras y desoladas a la vez: "Cuanto más pienso en la vida humana, más me persuado de que conviene darle por testigo y por jueces la Ironía y la Piedad, como los egipcios invocaban en favor de sus muertos a la diosa Isis y a la diosa Neftys. La Ironía y la Piedad son dos buenas consejeras: la una, sonriendo, nos hace la vida amable; la otra, llorando, nos la torna sagrada. La Ironía que invoco nada tiene de cruel. No se mofa ni del amor ni de la belleza. Es dulce y bondadosa. Su risa calma la cólera, y nos enseña burlarnos de los malos y de los tontos, a quienes, sin ella, podríamos tener la debilidad de odiar" (1).

Y en esa hora del reposo y de la meditación, cuando ya se han recogido los pájaros de su ironía, el escepticismo se le aproxima para convertirse en el más discreto y sereno de sus acompañantes. Es el momento del examen de las contradicciones, de la mutación de los principios, de las creencias desnudadas, de las ilusiones que dormitan. Y France ha vivido largamente en el mundo de las ideas; y de esa convivencia han nacido dudas y contradicciones: "Si se mirara demasiado a los principios, jamás se creería" (2). Es sólo una comprobación lo que enuncia, pues el jardín de su escepticismo tiene flores más bellas, árboles más tupidos, raíces que llegan bien a lo hondo. "No hay felicidad sin ilusión". "Estamos más hechos para sentir que para comprender" (3). "La vida nos enseña que no se es feliz más que al precio de alguna ignorancia". "La eterna ilusión nos acuna y nos envuelve, y la vida no es más que un sueño". "Yo creía en la infabilidad universal de los hombres y de las cosas. Estaba persuadido de que todo era razonable en el mundo. Es una sabiduría que he dejado con mi vieja Biblia" (4). "Las dos virtudes que nos hacen soportable la vida son la ignorancia y el deseo". "El universo que nos revela la ciencia es de una desesperante monotonía". Pero dice casi enseguida: "El tiempo y el espacio no existen. No conocemos más que una realidad: el pensamiento. El ha creado el mun-

(1) "El Jardín de Epicuro".

(2) Ib.

(3) "La vida literaria". T. I.

(4) Ib. T. II.

do" (1). "La razón no gobierna a los hombres". "Lejos de regocijarme cuando veo que desaparece un viejo error, me pongo a pensar en el nuevo error que ha de reemplazarlo, y si no será éste más molesto o más peligroso que el que se ha ido" (2). "Vivimos engañados por ilusiones, perseguimos sueños y nos rodeamos de sombras". "La más sublime razón humana hace sus palacios y sus templos con nubes". "Somos el juguete de los vientos" (3). "El porvenir, extraño a nuestras querellas, nos concederá su indiferencia a falta de su justicia". "¿Qué es el conocimiento de la naturaleza sino la fantasía de los sentidos?" (4). "Es una verdad admitida por todos que es dañoso pensar y que la verdadera sabiduría consiste en no pensar en nada" (5). "Los sistemas elaborados por los sabios no son otra cosa que cuentos inventados para entretener la eterna infancia de los hombres" (6). "¿Qué puede la verdad fría y desnuda contra los deslumbrantes prestigios de la mentira?" (7). "La ciencia nos desvía. Volvamos al sentido común. Sólo se gobierna bien por el más grosero empirismo. Busquemos la verdad sin pretender definirla" (8). "Jamás sabemos lo que perseguimos y corremos detrás de sombras" (9). "Los hombres no están hechos para saber ni para comprender. Carecen de lo indispensable para esto. Un cerebro de hombre es más grande y más rico en circunvoluciones que un cerebro de gorila, pero entre uno y otro no hay ninguna diferencia esencial. Nuestros más altos pensamientos y nuestros más vastos sistemas no serán nunca otra cosa que la prolongación magnífica de las ideas que contiene la cabeza de los monos. Si algo sabemos sobre el universo más que el perro, nos envanece; esto es poca cosa en sí y nuestras ilusiones crecen con nuestros conocimientos" (10). "Somos prisioneros de las sombras". "Nada sabemos de la vida: su desarrollo en el tiempo es una pura ilusión" (11). "El más funesto de los

(1) Ib. T. III.

(2) "El Jardín de Epicuro".

(3) "La Rotisería de la Reina Patoja".

(4) "Las opiniones de Jerónimo Colgnard".

(5) "La rebelión de los ángeles".

(6) "Thais".

(7) "Las siete mujeres de Barba Azul".

(8) "La camisa".

(9) "El genio latino". "Chateaubriand".

(10) "Historia de Cómicos".

(11) "El señor Bergeret en París".

males propios de la condición humana es el de pensar" (1). Y como síntesis de todos estos pensamientos que afirman la impotencia del hombre para conocer la verdad, y más que eso mismo, su triste condición humana, diría en "El Jardín de Epicuro": "La ignorancia es la condición necesaria, no digo ya de la felicidad sino de la existencia misma. Si todo lo supiésemos, no podríamos soportar la vida una sola hora. Los sentimientos que nos la hacen dulce, o cuando menos tolerable, nacen de una mentira y se nutren de ilusiones. Si poseyendo, como Dios, la verdad, la única verdad, un hombre la dejase caer de sus manos, el golpe aniquilaría el mundo y el universo, súbitamente, se disiparía como una sombra. La verdad divina, cual un juicio final, lo reduciría a polvo".

Hasta aquí podría parecer que France se ha complacido en arrojar a profusión sus dudas para inquietar los espíritus, socavar creencias, matar ilusiones. Nada más alejado de sus deseos y de su pensamiento. Su inclinación a la duda, su escepticismo, no fueron los de Pirrón de Elis, que practicaba la doctrina moral de la indiferencia, y aún la de la apatía, y para quien lo esencial era no adherir a ningún juicio. Es cierto que para France, como para Pirrón, las ideas del bien y del mal nacen de una convención fundada en la moral y en la costumbre; pero hay un abismo entre el Pirrón que practica el renunciamiento absoluto, que nada espera y en nada cree, y el France de las afirmaciones y de los ensueños. Se dirá, acaso, que ir hasta el patriarca del escepticismo es ir demasiado lejos, sin que ello signifique negar el escepticismo de France. Pero, ¿qué es ser escéptico? ¿Qué es el escepticismo? ¿Cómo nace? ¿Qué causas lo originan?

En la filosofía griega de los días triunfales de Alejandro de Macedonia predominan las disputas vivas entre las distintas escuelas: discípulos de Demócrito, de Empédocles, de Platón, de Aristóteles elevan sus gritos discordantes, y llevan a espíritus esclarecidos y profundos a buscar la calma y la reflexión en la abstención y la duda. Pirrón, con su maestro Anaxarco, ha acompañado a Alejandro de Macedonia en sus andanzas a través de pueblos diversos y ha aprendido como las costumbres, la religión y las instituciones difieren de unos a otros, y cómo en la vida nada hay que tenga valor absoluto. Pero cuando muere Alejandro y sus

(1) "Páginas de Historia". T. XXV. "Sthendal".

sucesores se disputan su reino y el mundo, a esas razones intelectuales, exacerbadas por la resistencia que todos los filósofos, salvo Anaxarco, habían opuesto a que Alejandro fuera considerado hijo de Júpiter, se unen otras razones más fuertes todavía, que nacen de los mismos hechos: sobre Grecia, el pueblo que más amó la libertad triunfa la tiranía; la depravación oriental penetra en la vida griega acelerando todo proceso de descomposición; las ideas más nobles son cruelmente desmentidas; y es ante ese espectáculo cuando muchos espíritus dudan de la virtud y de la verdad, y declaran "que la justicia no es más que una convención". El estoicismo levanta frente a este mundo en descomposición la primera valla; el escepticismo, decepcionado y desolado, se recoge en la meditación, se repliega sobre sí mismo, ofreciendo el menor blanco posible al embate del tiempo; podría decirse de él que es una doctrina egoísta, limitada y falta de virtud, pero no podría culparse de haber contribuido a la decadencia griega, de la que es un dolorido testigo (1). Veinticuatro siglos más tarde, en la Grecia de los tiempos modernos, Anatole France, sin ser ni mucho menos el Pirrón del siglo XIX, llega al escepticismo por razones intelectuales y razones de hecho: el pensamiento novecentista alcanza su esplendor e inicia su crisis, y una sociedad considerada perfecta denuncia la inmensa contradicción que nutre en su seno. Más que la hora del examen de los sistemas es la del examen de los principios morales, pues un mundo nuevo va a nacer. Si Pirrón, como Demócrito, considera como bienes supremos a la euforia y la ataraxia, Anatole France, aunque no llega nunca a buscar protección en esos bienes morales, no deja de adherir a ellos, como regla de salud espiritual; pero France participa sobre todo del principio de las discordias; es un devoto de Heráclito de Efeso, aunque comulgue con Epicuro; y Heráclito le ha enseñado que todo nace a la vida por la discordia y la necesidad. Su pensamiento está, por consiguiente, con la vida de su tiempo, y todo su escepticismo se refiere a la enseñanza que recoge de su examen. El France escéptico sonríe, pero no ríe; más aún: su misma sonrisa tiene un nombre que ya anticipa al France que ha de sobrevenir: se llama desolación: "El mal es inmortal. Es necesario y debe durar... Es la razón de ser del bien, y el bien es la razón de ser del hombre". "En medio de la eterna ilu-

(1) Víctor Brochard. "Les sceptiques grecs".

sión que nos envuelve hay una sola cosa cierta: el sufrimiento" (1).

Pero el escepticismo de France no tiene un solo rostro; este sería el del escepticismo del dolor, cuando el pensamiento, fatigado después de un largo forcejeo, muestra su angustia. El escepticismo de France será también un tanteo callado sobre el cuerpo de la vida, no tanto para conocer su anatomía como para descubrir algún rastro de belleza, algún signo de la verdad. Su primera comprobación le advierte los insalvables y estrechos límites de su búsqueda: "Todo es misterio en el hombre, y fuera del hombre nada podemos conocer; he ahí la ciencia humana" (2). "La eterna ilusión nos acuna y envuelve y la vida no es más que un sueño" (3). "Nuestro gran mal es no poder salir de nosotros mismos. Estamos condenados irrevocablemente a ver las cosas reflejarse en nosotros con una sombría y desoladora monotonía. Por esto es que tenemos sed de lo desconocido". "El misterio de nuestro destino nos rodea por todas partes con sus profundos arcanos, y es necesario, en verdad, no pensar en nada para no sentir cruelmente el trágico absurdo de vivir". "Lo que más anhelamos es ser lo contrario de lo que somos, y eso nos está completamente vedado" (4). "¿Qué no daríamos por ver, durante un minuto, el cielo y la tierra con el ojo a facetas de una mosca o para comprender la naturaleza con el cerebro rudo y simple de un orangután?" (5). "La cosa más terrible que ha descubierto el hombre es que no está organizado para conocer la verdad" (6).

El pensamiento de France sabe que está condenado a no salir de su caverna. ¿Por qué no siente desesperación, ya que la gloria del hombre es atreverse a pensar todo, que es como querer todo? Es el espectáculo del mundo el que lo inhibe de desesperarse, y le lleva a juzgar a los hombres, con tolerancia, primero, con piedad, después. Por algo su ironía fué la hermana gemela de su piedad. Pero el espectador también recoge amargura: (Y ¿por qué no desprecio? y ¿por qué no cólera?): "Basta que un hombre se diga justo para que inspire una verdadera repulsión" (7). Y no ha

(1) "La vida literaria". T. I "La virtud en Francia"

(2) *Ib.* T. II "Los criminales"

(3) "La vida literaria". T. II "La pureza de Zola".

(4) "El Jardín de Epicuro".

(5) "La vida literaria". T. II "Jules Lemaitre".

(6) N. Segur "Conversations avec Anatole France".

(7) "La vida literaria". T. I "Tres poetas".

hecho más que empezar a mirar por el ojo de la cortina. "Los hombres no se gobiernan por el razonamiento —dice—. El instinto y el sentimiento los conducen. Obedecen a sus pasiones, al amor, al odio y sobre todo al sano temor. Si sólo hubiesen escuchado a la razón pura, ella los hubiera conducido por caminos diversos a las conclusiones más monstruosas" (1). "El fondo humano no cambia, y este fondo es áspero, egoísta, celoso, sensual, feroz" (2). "La imbecil naturaleza humana no ha imaginado ni construído nada que valga la pena de ser atacado ni defendido bien vivamente". "El hombre es un animal malvado y las sociedades son abominables por el hecho de haber utilizado su genio para formarlas". "Después de las reformas los hombres son, como antes, egoístas, avaros, cobardes y crueles, de continuo estúpidos y furiosos. El orden social está basado en la miseria y la imbecilidad humanas". "Las miserias privadas forman lo que se llama la grandeza de los pueblos". "El hombre es naturalmente ladrón, libidinoso, destructor y sensible a la gloria" (3). "Las leyes humanas son hijas de la cólera y del temor". "Las sociedades humanas tienen por fundamento augusto la avaricia y la crueldad" (4). "La humanidad comienza por el crimen" (5). "La vida de un pueblo es un tejido de crímenes, de miserias y de locuras" (6). "Las leyes son hijas del hombre, lo que constituye un oscuro y miserable origen" (7).

Esto ha visto el espectador. Nada de extraño tiene, pues, que al abandonar el ojo de la cortina y volverse a nosotros, nos diga: "No me haría cortar la cabeza por ninguna opinión: sería una locura" (8). Pero, ¿qué hará el espectador? ¿Seguirá hurgando en el interior de su cueva? ¿Se encerrará en un negro pesimismo y en un escepticismo cruel? No ocurre tal cosa. France no es un misántropo ni un escéptico, por mucho que desprecie a los hombres, aunque con piedad, y por mucho que dude de casi todo, aunque con tolerancia. Su escepticismo es una larga reflexión sobre la vida de

(1) Ib. T. IV Prefacio.

(2) Ib "César Borgia".

(3) "Las opiniones de Jerónimo Coignard".

(4) "Sobre la piedra inmaculada".

(5) "La vida literaria". T. II "Los criminales".

(6) "La isla de los Pingüinos".

(7) "Las opiniones de Jerónimo Coignard".

(8) Ib.

su tiempo: "No tengo ilusiones sobre los hombres y para no odiarlos los desprecio tiernamente" (1). "No hay hombres buenos ni malos, sino desgraciados" (2). "El espectáculo del universo nos muestra la universalidad del mal y de la muerte". "El porvenir, extraño a nuestras querellas, nos concederá su indiferencia a falta de su justicia" (3). Y hablando del abate Coignard, que fué una de las caras de su escepticismo, diría: jamás hubiera sido un revolucionario. Tenía muy pocas ilusiones para serlo, y no creía que los gobiernos debieran ser destruidos de otra manera que por fuerzas ciegas y sordas, lentas e irresistibles que se llevan todo". "Las leyes más ásperas se pulen maravillosamente con el uso, y la clemencia del tiempo es más segura que la de los hombres". "La virtud, como el vicio, son esfuerzo, forcejeo, lucha, pena, trabajo, agotamiento. He ahí por qué somos todos desgraciados" (4). "Si de pronto a la sociedad se la volviese del revés como a un guante, y se viera lo que hay dentro de ella, caeríamos desvanecidos de asco y de espanto" (5). "Un hombre que dijera lo que piensa y como lo piensa, es tan inconcebible como si en una ciudad alguien se paseara desnudo" (6). "La verdad es la más expuesta a perecer oscuramente bajo el desprecio y la injuria". "La mentira es el origen de toda virtud y de toda belleza entre los hombres" (7). El mal es necesario. Somos felices porque somos desgraciados" (8). Para llegar a esta declaración que es su primer respiro: "La verdadera libertad es la de un espíritu libertado de las vanidades de este mundo" (9). Y a esta otra, que considero su concepción más profunda del escepticismo en el momento de su desolación: "Quien no se hunda los ojos por fe o por amor, ni ha creído, ni ha de amar nunca" (10).

Del tanteo en las tinieblas del conocimiento y de su severo juicio sobre la condición humana, llegamos ahora al momento

(1) "Las opiniones de Jerónimo Coignard".

(2) "El pozo de Santa Clara".

(3) "Las opiniones de Jerónimo Coignard".

(4) "La Camisa".

(5) "Historia de Cómicos".

(6) "El maniquí de mimbre".

(7) "El anillo de amatista".

(8) "El señor Bergeret en París".

(9) "Las opiniones de Jerónimo Coignard".

(10) "El genio latino". "La Reina de Navarra".

en que el pensador examina todos los despojos; y del brazo de Heráclito inicia el viaje triste de la meditación. Y ¿cómo no recordar su cuento en "Las opiniones de Jerónimo Coignard" sobre el joven príncipe Zemir que acaba de suceder a su padre en el trono de Persia? Zemir llama a todos los académicos de su reino y les pide que le escriban una historia universal en la que nada falte, pues desea conocer los errores del pasado para no repetirlos. Los sabios le prometen escribirla, y veinte años después vuelven con doce camellos, cada uno de los cuales carga quinientos volúmenes. El rey lo agradece, pero está muy ocupado con sus asuntos de gobierno, ha llegado a mitad del camino de su vida y ya no tendrá tiempo de leer tan larga historia. Les pide, entonces, que hagan un resumen proporcionado a la brevedad de la vida humana. Veinte años más tarde vuelven los sabios con su carga, que sólo ocupa tres camellos. Pero el rey ha envejecido, y ya no podrá leer tampoco esa historia, todavía demasiado larga. "Abreviad, les dice, y no tardéis". Diez años después vuelven con quinientos volúmenes solamente, que carga un elefante joven. Pero el rey dice: "No habéis abreviado lo suficiente. Estoy al final de mi vida. Abreviad, abreviad, si queréis que conozca, antes de morir, la historia de los hombres". Pasan cinco años, y el secretario perpetuo de la academia llega al palacio, apoyado en sus muletas y llevando de la brida a un asno con un grueso libro sobre el lomo. "Apuráos —le dice un oficial— el rey se muere". Introducido el sabio académico en la alcoba real, el monarca moribundo se lamenta de abandonar esta vida sin saber nada de lo que ha querido. Entonces, el sabio le dice: "Señor, voy a resumiros la historia que deseábais conocer en tres palabras: nacieron, sufrieron, murieron".

Esa es la síntesis, también, de toda la sabiduría de France con respecto a la historia humana. Pero está junto a Heráclito, y la amargura cede su lugar a la reflexión: "Lo que más anhelamos es ser muy distintos de lo que somos, pero eso nos está vedado en absoluto" (1). "Si todos los hombres se pusieran a pensar a la vez, el mundo desaparecería, de inmediato; pero no hay que temer esta catástrofe. El pensamiento es la peor de todas las cosas. Y también la mejor" (2). "Se vive a fuerza de devorar la vida" (3). "El es-

(1) "El Jardín de Epicuro".

(2) "La vida literaria". T. II "Jules Lemaitre".

(3) "La vida literaria". T. III "La moral y la ciencia".

pectáculo del mundo nos muestra la universalidad del mal y de la muerte... Ser, es dejar de existir; todo es movimiento; todo se desvanece y pasa" (1). "Todos los cambios en el orden social como en el orden natural son lentos y casi insensibles" (2). Experimenta, entonces, "un profundo sentimiento del deslizamiento de las cosas y del vacío de todo y descubre "que los seres no son más que imágenes cambiantes en la universal ilusión" (3). "No permanecemos un sólo instante los mismos, —dice— y no obstante, jamás llegaremos a ser distintos de lo que somos. Nos movemos, pero no cambiamos" (4). Y como coronamiento de esta sucesión de ideas diría: "Todo pasa y nada varía" (5). "La humanidad cambia poco. Lo que fué, será" (6).

"Lo que fué, será." Es también éste el epitafio que sobre la vida de las sociedades humanas contendría "La isla de los pingüinos", en cuyas líneas finales se ve cómo se reanuda la cadena de miserias y de crímenes, que sujeta al hombre, y a la cual él se aferra, a la vez.

Pero, ¿es este tercer tiempo del escepticismo franciano, este tiempo de la desolación, su coronamiento? Después de examinar con piedad e ironía a los hombres, de señalar sus crímenes y sus derrotas, ¿terminaría por conformarse con impartirles una bendición o concederles una lágrima? ¿No recoge del espectáculo del mundo más que flores para deshojarlas, más que cicuta para beberla, más que frutos agusanados y esperanzas fallidas?

No. Hay un cuarto momento en su escepticismo; un cuarto momento que le infunde inquietud, que le acaricia con sus sueños y que le convierte, a la larga, en el hombre que en realidad es: irónico, escéptico, voluptuoso, soñador, afirmativo, combatiente, es decir, humano. Su viaje por el escepticismo no ha sido un viaje por entre las sombras. El escepticismo ilumina más que las propias creencias, porque es el único que ve, y no el que menos induce a creer. He ahí por qué su escepticismo ha sido tan tierno y tan humano. He ahí por qué nadie se siente desolado cuando lee sus páginas más implacables y más audaces. Nos ha dicho: así es el mundo; pero aun así, es preciso compartirlo, vivirlo, recrearlo, ennoblecerlo. "He-

(1) "La vida literaria". T. III. "La moral y la ciencia".

(2) "El señor Bergeret en París".

(3) "El libro de mi amigo".

(4) "El genio latino". "Sainte Beuve, poeta".

(5) "Las opiniones de Jerónimo Coignard".

(6) "Sobre la piedra inmaculada".

ráclito —dijo France— quería que el pueblo defendiera sus leyes con el mismo ardor que sus murallas" (1).

Pero ya entraríamos, casi de golpe, en los temas de los dos últimos capítulos. Pero antes quiero mostrarles el último cuadro de esta silenciosa y triste tragedia: "escépticos y creyentes, estamos sometidos imperiosamente a las mismas necesidades, que son las de la existencia" (2). "Si se razona no se podrá volar jamás" (3). Y ya puesto él mismo en un primer plano diría: "Tengo también mis convicciones y mi fe" (4). En páginas que se conservaron inéditas hasta el año siguiente al de su muerte, escribía para sí mismo: "¿Qué placer puede encontrarse en humillar a los hombres riendo de lo que juzgan serio y mostrando la variedad de lo que creen profundo?" (5).

Recordemos sus palabras de "La vida literaria": He vuelto mi mirada, lo confieso, más de una vez, hacia el escepticismo absoluto, pero jamás he penetrado en él". Bien se ve qué clase de escéptico era Anatole France. Y si faltaba algo más, repetiríamos sus palabras a Paul Gsell: "Nuestros grandes escritores fueron muchas veces los más afirmativos y a menudo los más valientes de los hombres. Trabajaron para librar a sus semejantes de las cadenas. Fueron santos a su manera. En el fondo, los escépticos son idealistas desilusionados" (6). Y es en este momento que cabe pronunciar aquellas sus valientes palabras de "El Jardín de Epicuro", que son las más fiel expresión de su amor a la libertad de pensamiento, que es la corona que reivindica para sí su escepticismo: "Llamamos peligrosos a los que tienen un espíritu distinto al nuestro e inmorales a los que no profesan nuestra moral. Llamamos escépticos a los que no participan de nuestras mismas ilusiones, sin inquietarnos siquiera si poseen otras".

Sí: es preciso dudar, es preciso creer, es preciso amar, es preciso también aborrecer y luchar; pero es preciso, sobre todo, reivindicar siempre para el hombre, como lo más precioso del hombre, la conciencia de su libertad y de la dignidad de su pensamiento.

(1) "Páginas de historia literaria". Pensamientos filosóficos de Heráclito de Efeso".

(2) "La vida literaria". T. IV Maurice Barrés.

(3) "Las opiniones de Jerónimo Coignard".

(4) "Rabelais". Prefacio.

(5) Michel Corday. "Dernières pages inédites d'Anatole France".

(6) Propos d'Anatole France.

III

EL PENSAMIENTO DE LA INQUIETUD Y DE LA
DESOLACION

El pensamiento de la voluptuosidad y de la tolerancia es como el amanecer de la inquietud en el pensamiento vivo de Anatole France. La ironía y el escepticismo son esta misma inquietud en contacto con los trabajos oscuros del hombre y de la naturaleza, que la instruyen sobre la desproporción que hay entre los sacrificios y los resultados, entre el dolor y el placer, entre las esperanzas y la realidad.

Pero todavía esa inquietud sigue revoloteando por bosques umbríos y floridos jardines, punzando aquí y allá, descubriendo secretos, recogiendo las más bellas flores, mordiendo gozosa la manzana de la sabiduría, haciendo mil diabluras como en el sueño de una segunda noche de verano. La inquietud ínsita en la ironía y el escepticismo es así, la inquietud del saber más atrevido, porque es el saber de las dos caras, que niega y afirma, duda y cree, se burla y acaricia, sonríe y llora. Nunca sabemos bien cuando hace lo uno o lo otro, acaso porque hace las dos cosas a la vez, como en los momentos más lúcidos de la prosa de Shakespeare, cuya magia reside en eso mismo, en ser y en no ser al mismo tiempo, en dudar y en creer, en negar y afirmar. La inquietud es la reina de la naturaleza; por ella todo nace, florece y muere; por ella los hombres se convierten en demiurgos o en dioses; tal su inmenso poder, que es, a la vez, su debilidad sin remedio, porque el hombre desea más de lo que ha de lograr, y lo que logra, tarde o temprano, dejará entre sus dedos brasas o cenizas.

Pero mientras llega la hora en que su dardo descubre sin querer el dolor, la inquietud es riante y es bella, confiada y confidente. El genio alado que la guía es el de la vieja máxima: "uno se cansa de todo, menos de comprender". Por eso la inquietud es la última de las voluptuosidades. Cuando France, en la última década de su vida, publica en "La Revue de París" los capítulos de que se componen sus dos últimos libros: "Pedrín", y "La vida en flor", nos revela al niño y al joven que hace tiempo fue, con el pensamiento acariciado por la curiosidad, que habría de ser el tormento y la

alegría de su vida. No es la inquietud frenética del disconforme —él ha sido un conformista en ese tiempo— ni la inquietud despiadada del genio en ciernes: es sólo el comienzo de algo, es la yema que despunta, es la curiosidad; pero la curiosidad voluptuosa que equivale a la inquietud que se abandona a lo desconocido. Si rasga velos es al azar, porque va de aquí a allí, tocando todo sin malicia y sin aspereza.

De esa curiosidad voluptuosa nace la inquietud de France; porque como dice en "Pedrín": "Vivir es desear, y según se piense que el deseo es dulce o amargo, se juzgará a la vida buena o mala". Y cuando declara en "El libro de mi amigo" que "en su más tierna edad le devoraba el amor a la gloria y alimentaba el deseo de ilustrarse sin tardanza y perdurar en la memoria de los hombres", nada se modifica de su propia inclinación a la voluptuosidad de conocer. El amor a la gloria no sería nunca el señuelo de su inquietud. ¿Cómo no recordar, para explicarlo, el relato que hace en ese mismo libro, de su primera gran empresa, por cierto que frustrada, que decidiera acometer con su amigo Fontanet, de componer una Historia de Francia en 50 tomos, alumno todavía del liceo "San Estanislao"? Deciden comenzarla por el rey Teutoboco, alto de treinta pies, según resulta de la medición de sus huesos encontrados por casualidad. El encuentro con gigante tal los contiene. Fontanet propone pasar por alto a Teutoboco. France no se atreve. Y la historia de Francia en 50 tomos se detiene en su comienzo. "¡Cuántas veces —dice France— he reiniciado en mi vida esta aventura del libro y del gigante! ¡Cuántas veces, en el momento de comenzar una gran obra o de dirigir una vasta empresa, he sido detenido por un Teutoboco, denominado vulgarmente suerte, azar, necesidad. He tomado el partido de agradecer y bendecir a todos esos Teutobocos, que, cerrándome el camino azaroso de la gloria me han entregado a mis dos fieles guardianes: la oscuridad y la medianía. Me son dulces ambas y me aman. Es necesario que se lo agradezca".

La obra de France, es fácil observarlo, no está volcada hacia afuera sino hacia dentro; no mira hacia el éxito o la gloria, sino hacia la gracia y la inquietud; es voluptuosa, y no, imperiosa; incluso, se ríe de todas las glorias, sin aborrecerlas, porque lastimaría su silencio interior. Podría argumentarse que su misma burla encubriría una sensibilidad que ha sufrido el desdén ante algún deseo. Es posible: ¿quién no se ha recogido en algo para toda la vida

después de haberse ofrecido totalmente, o haberse desnudado en parte? Lo cierto es que la inquietud de France es de brazos abiertos y no de mano que hurga. Está llena de deseo, no de codicia. Y como dice en "La vida de Juana de Arco", "el deseo ha creado la vida"; porque para France todo es deseo, pues sin deseo no hay inquietud. Pero no es el suyo un deseo sin objeto, aunque carezca de límite: su misma voluptuosidad lo va insinuando. A decir verdad, los pensamientos voluptuosos no son los menos ávidos, pero viven mucho para sí y le piden poco a los demás; y eso los hace tolerables y dulces; además, el pensamiento, por el simple hecho de ser pensamiento es voluptuoso, pues goza consigo mismo. La correspondencia entre el pensar y el sentir es tan íntima, que no sería concebible uno sin el otro. "Es difícil ser insensible cuando se piensa vivamente", dice France; y agrega: "¿Qué serían los desiertos de la vida sin los espejismos deslumbrantes de nuestros pensamientos?" "Anhelamos lo desconocido". Y como un signo del conflicto entre nuestro deseo y la vida, diría en "Pedro Noziere": "Si supiéramos todo no haríamos nada y el mundo dejaría de existir". "La necesidad es la dueña y maestra de los hombres y de los dioses". Pero como "la alegría de comprender es triste" haría decir a Bergeret: "He descubierto, al final de mis días, que el no comprender es una gran fuerza. Esto permite, a veces, conquistar el mundo. Si Napoleón hubiera sido tan inteligente como Spinoza se hubiera limitado a escribir cuatro volúmenes en una buhardilla". Pero como "nuestro inasible pensamiento es lo único realmente nuestro", estamos condenados a querer y a no querer, y a sufrir, como Pedrín Noziere, "los tormentos deliciosos que la belleza da a las almas ávidas de comprender: "Lo que más anhelamos —diría en "El Jardín de Epicuro"—, es ser lo contrario de lo que somos: y eso nos está completamente vedado". Es ya el reconocimiento de la inquietud en el instante en que es reflexión sobre sí misma, y compara; porque la vida es la tendencia a un equilibrio y a una mudanza. "La ciencia —diría— no es más que inquietud". Y con qué emoción profunda expresaría en su libro sobre "Rabelais" toda la gloria del Renacimiento, la que nunca podrá serle desconocida, la que supera todos sus excesos y sus errores: "¡Los hombres se atrevieron por fin a pensar! Creyendo pensar por los antiguos, pensaron por ellos mismos. He ahí el Renacimiento". Después de esta otra larga noche —larga

para nuestro tiempo del electrón y la mecánica— en que el pensamiento es una luz perdida en un mundo en sombras, el pensamiento libre tendrá —así lo espero— su nuevo Renacimiento; y las palabras de France, simples y suaves a la vez, se mostrarán en un esplendor que hoy no se percibe bien: el esplendor con que se enfrenta a la verdad. “La verdad —dice France en “Baltasar”— es como el sol: se necesita el ojo del águila para contemplarla”.

De esta imposibilidad nace en France su desazón; y sin embargo, no se repliega, no renuncia: “Oponemos al misterio universal que nos envuelve —diría— un pensamiento obstinado y miradas audaces; todas las razones de los argüidores no nos curarán, por fortuna, de esta gran inquietud que nos estremece ante lo desconocido”. “La gloria del hombre es atreverse a pensar todo”. La gloria y su tortura —agregaremos—; pues quien no renuncie al mundo no puede renunciar a la inquietud de saber. Es nuestra única pasarela tendida sobre la catarata. Si queremos vivir hay que atravesarla; no nos resignamos a permanecer en un solo lugar mucho tiempo; queremos vivir todo; y menos nos resignamos a la incertidumbre. El deseo de saber, la necesidad de creer son el primer alivio a nuestro tormento. Dice France en su libro “Sobre la piedra inmaculada”, que “el pasado permanece oculto a nosotros como el porvenir; vivimos entre dos espesas nubes, en el olvido de lo que fué y la incertidumbre de lo que será”. Y esta incertidumbre no se nos presenta nunca como el gran interrogante que a veces se imaginará el niño. La gran inquietud se forma de una suma de inquietudes pequeñas. Si alguna vez se presenta al espíritu es para anonadarlo, anulando toda comprensión y todo sentimiento; y aun la inquietud pequeña, nada es frente a otras inquietudes imprevistas; como en la aventura del plato de estaño de la amada del poeta francés Alberto Glatigny. “Glatigny —dice France —estaba perdidamente enamorado de su Ema. Esta graciosa parisiense quiso practicar la cocina normanda, y puso a derretir manteca en un plato de estaño; pero fué el plato el que se fundió”.

France no ha sido únicamente la voz pesarosa por tanta inquietud seguida de tanta desilusión. Aun en su pequeña biblia del incrédulo, en “El Jardín de Epicuro”, confesaría de todo corazón su amor a las dulzuras de la ignorancia: “conozco a una niña de nueve años más sabia que los sabios. Hace poco me decía: En los libros se ve lo que en realidad no puede verse, porque es muy

remoto o porque ya ha pasado. Lo que se ve en los libros se ve mal y pobremente. Y los niños no deben leerlos! Hay tantas cosas bonitas que merecen verse y no las conocen: los lagos, las montañas, los ríos, las ciudades y los campos, el mar y los barcos, el cielo y las estrellas! Opino como ella. Si sólo hemos de vivir una hora, ¿a qué preocuparnos de tantas cosas? ¿Para qué tanto aprender sabiendo que nunca sabremos nada? Vivimos demasiado en los libros y muy poco en la naturaleza, y nos parecemos a ese bobo de Plinio que estudiaba a un orador griego mientras el Vesubio sepultaba cinco ciudades bajo sus cenizas”.

¿De qué otra manera se expresaría France en vísperas de la guerra de 1914, cuando al hablar por boca de Satán en “La rebelión de los ángeles” declara que “llegaremos a igualar a Dios sólo por la sabiduría”. Y con voz animosa dice a los ángeles rebeldes que se preparan a conquistar el cielo: “Necesitamos apoderarnos del rayo, y a esto debemos aplicarnos sin descanso. No es el ciego coraje el que nos dará la centella divina, sino el estudio y la reflexión. En esta morada silenciosa en que reposamos, meditemos, investiguemos las causas ocultas de las cosas. Observemos la naturaleza, estudiémosla con pasión y con ánimo de conquistarla... Cuando nos obedezca, seremos Dioses”. Por algo diría en ese mismo libro que “la libertad de pensar es la más arrogante de las aristocracias”. Orgullo fiero y doloroso, porque “¿no es el destino de los hombres el estar sumergidos en una ilusión perpetua? Y esta ilusión ¿no es la condición misma de la vida?” Y esta otra declaración que quiebra como frágil vidrio toda posibilidad de conocer los más recónditos secretos humanos: “Las almas son impenetrables unas a las otras”.

¿Qué es esta inquietud de que nos habla France en todos sus libros sino la turbación del escepticismo? Inquietud audaz sin ser provocativa; y en su marcha suave y ligera va desgarrando velos y descubriendo ¡ay! al mismo tiempo, toda clase de rostros, comenzando por el propio. Pero nunca France llevaría a sus libros la mueca que no puede dejar de verse cuando se quiere ver todo; nunca el dolor mostraría el juego íntimo de sus nervios y de sus músculos. Hubiera sido necesario que France abjurara antes de su voluptuosidad. Y eso es concebible en él.

Y hay que volver a su voluptuosidad como a su escepticismo cuando se quiera descubrir el pensamiento íntimo de France. Una

tarde, cuenta Paul Gsell, alguien le habló a France de su escepticismo; a lo que él respondió vivamente: "¡Escéptico! ¡Escéptico! En efecto, todavía me dirán escéptico. Para ellos es la peor injuria: pero para mí es el mejor de los elogios. Todos los maestros del pensamiento francés lo han sido: Rabelais, Montaigne, Moliere, Voltaire, Renán. Escépticos han sido los más grandes espíritus de nuestro pueblo, a los que venero emocionado, y de los que no soy más que un humilde discípulo. ¡El escepticismo! Se quiere hacer de esta palabra un sinónimo de negación y de impotencia. Pero nuestros más grandes escépticos fueron a veces los más afirmativos, y a menudo los más valientes de los hombres. No negaron más que negaciones. . . Lucharon contra la ignorancia que embrutece, contra el error que oprime, contra la intolerancia, que tiraniza, contra la crueldad que tortura, contra el odio, que mata. Se les acusa de haber sido incrédulos. Sería necesario saber ante todo si la credulidad es una virtud y si la verdadera certeza no consiste en dudar de lo que no hay razón alguna para creer. . . Así, todos nuestros escépticos vivieron llenos de fervor, y todos trabajaron para librar a sus semejantes de las cadenas que los oprimían. Fueron santos, a su manera.

Es éste, podríamos decir, el anuncio del amanecer de su pensamiento afirmativo. Pero será necesario todavía que France ahonde más su inquietud, que es como adentrarse en su propia desolación. "A medida que se avanza en la vida —diría— nos damos cuenta de que el coraje más raro es el de pensar". Hasta llegar a esta otra declaración en un prefacio a la obra de Jean Racine: "Es necesario pagar con la tristeza y la desolación el orgullo de haber pensado". Y esas palabras son también el prefacio más armonioso a su propia desolación. Porque lo grande del dolor que se apodera de la inquietud de France es la serenidad. Es, también, el más alto don de los grandes pensadores de todas las civilizaciones y de todos los tiempos. Serenidad que no está hecha con "serenidad", como un artificio, como una máscara de yeso o una pátina, fácil de lograr y fácil de fundir, sino que está prendida al cuerpo y al espíritu con las raíces de la angustia, que son las raíces más honradas y mejor nutridas de la vida humana. El France voluptuoso, irónico, escéptico, angustiado, soñador y creyente, es un France que ha acariciado la inquietud y vivido la desolación como una parte de su propia existencia. Sabe tanto como siente, que es la única for-

ma de llegar a la sabiduría. Por algo el saber de verdad, el saber con todo lo que es uno, es la fuente más rica en placer y dolor.

La tristeza de su inquietud insatisfecha le haría decir: "En medio de los males de la vida nada es más doloroso que el deslizamiento universal de las cosas". Es este el momento en que se entrelazan dos ideas que por tender a separarse quedan fuertemente unidas: la idea del fluir incesante, de su viejo Heráclito, sin esperanza de retorno, que nace de su filosofía, de una abstracción, y la idea viva y palpitante de las cosas idas que refluyen bajo una forma voluptuosa y llena de misterio: la melancolía, hecha con la carne de nuestras pasiones, con el sabor de nuestros recuerdos, y que no es más que una sombra, pero que lo llena todo. Y así diría: "Una mujer cubierta con un velo, está en camino desde el comienzo del mundo: es la melancolía". Y en esa misma época escribe: "No se habla de lo que se ama más que cuando se lo ha perdido". "El misterio del destino nos envuelve por completo en sus arcanos poderosos, y es necesario realmente no pensar en nada para no sentir cruelmente el trágico absurdo de vivir. En la ignorancia absoluta de nuestra razón de ser está la raíz de nuestra tristeza y de nuestros pesares".

Pero en ningún momento como en el prefacio en "El libro de mi amigo" ha expresado su idea de la melancolía con belleza más límpida y con tanta ternura. Junto al fuego del hogar, que se extingue, mientras sus hijos duermen en la habitación contigua, el Dr. Noziere recuerda y murmura para sí: "Dormid, queridos: mañana continuaremos nuestra marcha. ¡Mañana! Hubo un tiempo en que esta palabra contenía para mí la más bella de las magias. Al pronunciarla, veía figuras desconocidas y encantadoras que me saludaban con la mano y murmuraban: ¡Ven! ¡Amaba yo tanto la vida, entonces! Tenía en ella la bella confianza de un enamorado, y no pensaba que pudiera llegar a ser severa, ella que, no obstante, no tiene piedad. No la acuso. No me ha lastimado como a tantos otros. A veces, hasta me ha acariciado por azar, la gran indiferente. A cambio de lo que me ha quitado o rehusado, me ha dado tesoros junto a los cuales lo que yo deseaba no era más que ceniza y humo. A pesar de todo, he perdido la esperanza, y no puedo oír decir: "¡hasta mañana!" sin experimentar un sentimiento de inquietud y de tristeza. ¡No! No tengo más confianza en mi vieja amiga la vida; pero la amo aún. Mientras vea brillar su divino res-

plandor sobre tres frentes blancas, sobre tres frentes amadas diré que es hermosa y la bendeciré. . .”

Pero nada tan ajeno a France como el renunciamiento a sentir el goce de la inquietud, por muchos dolores que depare; porque esa inquietud, arisca, múltiple, punzadora, doliente, esquiva, y a la vez de todos, tiene un bello coronamiento en lo que llamaríamos “la tristeza filosófica”; que —dice France— “ha podido ser expresada más de una vez con sombría magnificencia. Como los creyentes que han alcanzado súbitamente un alto grado de belleza moral aman las alegrías del renunciamiento, el sabio, persuadido de que cuanto nos rodea es apariencia y engaño, se embriaga con esta melancolía filosófica y se sumerge en las delicias de una apacible desesperación. ¡Dolor profundo y bello! Los que lo prueben no han de cambiarlo por las frívolas satisfacciones y las vanas esperanzas del vulgo”.

El pensador se yergue, sino con arrogancia, por lo menos con serenidad. Sabe lo que significa para el hombre esa nada que es todo, es decir el pensamiento; y sin embargo, siente su reino invadido, su lecho ocupado, su mesa llena de manos que atrapan y de bocas que devoran en silencio; y entonces su pregunta: “¿Por qué todo se marchita y muere y las más bellas cosas son las más efímeras?”.

Es una pregunta que no necesita respuesta, porque está en él, y es ella misma la boca que se abre y se cierra con rapidez, y la mano que se adelanta. Por darle un nombre, o mejor dicho por cambiarle de nombre, la llamamos desolación, pero no tiene otro que la vida. Bien la conoce France; y su obra no es más que una gama de variantes sobre un pequeño puñado de temas, lleno de modulaciones, a veces intraducibles, como esas melodías orientales que no se hacen con el instrumento sino con el hombre; porque la obra de France —y en eso reside su mayor valor— son su propia vida, no contada sino vivida. Todas sus páginas son una sucesión de confidencias. Un día, mientras estaba escribiendo algunas, un amigo le pregunta qué es lo que escribía en ese momento. “Cometí el error de responderle —dice France— que eran recuerdos. Se lo dije dulcemente, haciéndole notar, por la inflexión de mi voz, cómo eran de humildes e íntimos. No obstante ví que le había desilusionado”. Es ya el France de la madurez; y por eso ha de decir en esa misma época: “El crepúsculo de la juventud es la hora más me-

lancólica de la vida". Y poco después: "Hacia el final de la vida, los recuerdos de nuestra pasada juventud nos invaden con una dulce y deliciosa tristeza". "¿Qué es vivir como vivimos sobre la tierra sino morir sin cesar?" "¿Qué es la vida sino una sucesión de muertes parciales? Es necesario perder todo, no de una vez sino a cada momento; es necesario ir abandonando todo en el camino. A cada paso quebramos uno de los lazos invisibles que nos ligan a los seres y a las cosas. ¿No es esto morir sin cesar? ¡Ay de mí! Esta condición es dura; pero es la condición humana. ¿Voy a afligirme por ello? ¿Voy a dar el espectáculo de mis vanas tristezas?" Pero si durante un largo tiempo puede contener su propia amargura, en los días de su diario íntimo y de los "Poemas del recuerdo" sus confidencias mostrarían que el France de "La isla de los pingüinos" con ser un legítimo France no había sido, ni por asomo, el más fuerte de todos los que en él vivieron. En nada deben sorprender los distintos rostros de su propio espíritu, pues él mismo dijo "que el alma humana es un abismo de contradicciones". ¿Puede así extrañar que llamara a la vida "un absurdo trágico?". Pero France vuelve a rehacerse: "Una cosa sobre todo hace sugestivo el pensamiento: es la inquietud. Un espíritu que no está ansioso, me irrita o me cansa". Pero... contradicción tremenda y por lo tanto, bien cierta: "No tenemos otra cosa que hacer en este mundo que resignarnos". Y ambas declaraciones son de "El Jardín de Epicuro", que es la cumbre de sus más agudas contradicciones, de su desolación, más pura, de su ironía más alegre, de su desencanto más dulce.

Pero sería en Jerónimo Coignard donde su desolación mostraría toda su arrogancia: "La gloria de un hombre vulgar no ofende a nadie. Es más bien una secreta adulación al vulgo; pero hay en el talento un orgullo que se expía con odios sordos y calumnias profundas".

¿De quién sino de sí mismo hablaba France?: "pero hay en el talento un orgullo que se expía con odios sordos y calumnias profundas". ¿De quién sino de sí mismo pudo decir tal condenación, que para ser debidamente expresada requiere una viva y dolorosa experiencia? Por algo diría que "hay en el mundo una ley sagrada que todo lo gobierna, y a la cual debemos obedecer, y adorar: es la injusticia, la augusta, la santa injusticia". Era una comprobación de que lo visto en el mundo podía ser condenado y per-

donado, a la vez; tanto, que llegaría a decir: "Más vivo y más me apercibo que no hay culpables sino desgraciados". Y en sus conversaciones con Nicolás Segur avanzaría más en su pensamiento: "La vida es una cosa horrible. No conozco nada tan contrario a mi manera de sentir, además de inconcebible, que las palabras de Renan al afirmar que aceptaría gustoso reiniciar su existencia, revivir la misma farsa. Sólo el pensarlo me estremece". Y ante el asombro que acusaba a Segur, France agregó: "¿Creéis, por fortuna, que el comprender contribuye a la felicidad? Es justamente la inteligencia la que impide ser feliz. . . . Si alguno naciera sabio de verdad, se eliminaría enseguida, huyendo de los engañosos artificios de la naturaleza, que nos doblaga al sufrimiento, nos somete al hastío y nos fuerza horribilmente a vivir. . . . No me he sentido feliz ni una sola hora de mi vida, ni un solo instante, al menos pasada mi infancia. Es necesario olvidar de verdad, perder la noción de que uno existe, para poder ser feliz. Y no lo he logrado". Y es en esa misma hora de confidencias que France expresaría, sin los artificios de la frase acariciada, del adjetivo justo, de las ideas desenvueltas con armonía, su sentir sobre el pensamiento: "Es el pensamiento el que da la medida de la impotencia total, miserable y salvaje de los demás, y también de la miseria horrorosa e ineludible de sí mismo. Por lo demás, ¿de qué pensamiento habláis? ¿Del pensamiento de no saber de dónde venimos ni adónde vamos, y de que la vida, a la vez que una servidumbre natural y un enigma indecifrible, es también la cosa más ruín, la más inestable, la más efímera de todo lo que percibimos? . . . ¿De qué pensamiento? ¿De que el hombre subsiste a fuerza de luchas, de que no vea más que a sí mismo, se odie creyendo amarse, y de que viva en la ignorancia y en el temor; incauto en la juventud, impotente en la vejez, siempre amenazado por mil peligros, atacado por mil enfermedades, destinado a la muerte desde su nacimiento, y dando muerte a su esperanza y su ilusión antes de morir corporalmente? ¿De qué pensamiento? ¿El del espantoso pasado humano ensombrecido por la esclavitud y las prisiones, poblado de monstruos que se yerguen los unos contra los otros, devorándose entre ellos, viviendo del fruto de las lágrimas y de la sangre? . . . Reparad: es la inconsciencia, la posibilidad quimérica de descubrir el infinito en uno mismo, el poder de engañarse lo que da algún precio a la existencia. Creer, amar, ¡he ahí las palabras mágicas! Me estremezco sólo de pen-

sarlo y trato de averiguar exactamente su significado, pero sin poder olvidarme lo bastante como para sentir su fuerza y su vehemencia". Y las confesiones de ese día terminarían afirmando lo que tantas veces hiciera en la intimidad de su pensamiento: "El pensamiento que más me ha acompañado es la piedad, la piedad por la miseria humana, una inmensa piedad hacia mí mismo y hacia los demás".

Es ya la hora de las confidencias dolorosas, de la inquietud vencida, de la vuelta al hogar de los más viejos recuerdos, como un Peer Gynt que apenas si se encuentra a sí mismo: "El deseo —diría al hablar de Sainte Beuve, el único que embellece todo, se extingue con los años. Y entonces nada sonrío. Adiós los misterios encantadores y magníficos que pueblan la naturaleza y que nos hacen vivir en un mundo encantado! La fatiga nos invade y nos refugiarnos en nuestra intimidad; somos tracionados; y no que es más cruel todavía: traicionamos. Es también entonces cuando nos sentimos dominados por un gran desprecio hacia nosotros mismos y hacia los demás. Pero la inteligencia permanece alerta, y reina sobre las ruinas de las pasiones". Y es esta la razón nueva y la razón de siempre que hace del pensamiento la mayor gloria y el mayor tormento del hombre. El escepticismo de France no podría tener reivindicación más alta que la de esa hora del crepúsculo de las ilusiones, lo que probaría que el conflicto de France con su pensamiento no habría de ser otra cosa que una querrela de enamorados.

A poco de morir Mme. de Caillavet, la compañera de los veinticinco años más fuertes de su vida. France publicaría sus tres meditaciones sobre "El lago", de Lamartine; "La tristeza de Olimpio" de Hugo y "Recuerdo" de Musset. Y es el hablar de este último que denuncia la enorme tristeza que le invade con el recuerdo de su compañera: "¡Dulzura del recuerdo, encanto del pasado, bondad cruel de la muerte! Por ella todo concluye y se armoniza, y lo que hemos amado en la discontinuidad y dispersión que es la vida, lo amamos mejor aún en la unidad, la pureza, la simplicidad de una memoria fiel. Amamos entonces con una plenitud que nos era desconocida; pero a qué condición, ¡ay de mí! ¿Es necesario haber perdido todo lo que se poseía para conocer todo su valor?"

He llegado hasta este punto para mostrar cómo en France la inquietud no fué una aventura ligera del pensamiento, un "flirt" entre el hombre y la idea, sino la unión de la carne y de la sangre,

tan íntima y tan entera que jamás podría ser separada, como si una nueva cosa naciera de ese encuentro de dos destinos para la consumación de una misma tragedia.

Y al llegar aquí volvemos al comienzo de la breve lectura de hoy. No quiero extenderla ni ahondarla; no quiero volver a escuchar el amable reproche de uno de mis amigos, cuando al terminar la lectura anterior, me dijo: "Hoy salimos desolados". Y no lo quiero, porque France es la sonrisa puesta sobre la amargura. Y así diría él como una burla inocente a sus propios pesares y al afán de los que sueñan con otra existencia: "No sabemos qué hacer con esta vida tan corta y queremos otra que no termine nunca".

La inquietud de France no es el anticipo de una doctrina de la desolación. Es la inquietud que aspira a "ver todo, saber todo, sentir todo, encerrar el mundo entero en sí". Tal es su aspiración que nunca podría ser plenamente satisfecha. Amor, gloria, fortuna, felicidad, deleite; todo eso y mucho más quiere el pensamiento cuando se entrega al vuelo de su aventura. Querer es poder; o lo que es lo mismo: poder es ignorar. Cuando más sabemos más cede nuestra intrepidez, más pesado se hace nuestro vuelo, menos bellas nos parecen las cosas que contemplamos. Y el dolor nace como contrapartida, sin que lo busquemos y sin que sea un azar del destino, que castiga a unos más que a otros; porque la inquietud, partera de Venus, es también partera de la desolación. Es la perla de toda vida que al final se recoge en sí misma, se repliega, se arrebujá y no deja escapar una sola vibración de ese calor que la mantiene, pero que al mismo tiempo la marchita.

El genio alado de la inquietud se viste en France con todas las galas de la ironía; y como es un genio que conoce el abecé del escepticismo y de la tolerancia, no intenta herir a otros rasgando velos, aventando ilusiones.

Pero, un día ese genio alado llega hasta los hombres, se mezcla a las luchas de los hombres, y se transfigura. En su alto reino de Ariel sabía muchas cosas, pero ignoraba una: que el hombre será mejor cuando su miseria disminuya, y que esa miseria disminuye a medida que la sociedad va venciendo una por una todas las injusticias que ella misma ha sostenido. Es ya el France del pensamiento que afirma y que sueña; que añadirá, por cierto, a sus amarguras viejas, otras nuevas, y a su desolación casi infinita, otra más: la de saber que muchas veces se lucha solo cuando más se cree que se lucha

acompañado. Pero France sale de este cuarto y último tiempo de su vida y de su pensamiento con la certidumbre de haber dado al mundo algo más grande que la armonía de su prosa y la profundidad de su pensamiento: la fe en un mundo que será la obra de la armonía, en el encuentro de todos los pueblos.

IV

EL PENSAMIENTO AFIRMATIVO Y SOÑADOR

Voluptuoso, tolerante, irónico, escéptico, inquieto y desolado, así hemos visto a Anatole France en las tres lecturas anteriores. Toca a esta última mostrarlo afirmativo y soñador; lo que supone a primera vista una contradicción, en parte por lo menos, con alguna de sus expresiones anteriores. No la hay, sin embargo. Lo veremos a medida que vayamos agrupando sus actos y sus declaraciones y hagamos las referencias necesarias para decir en qué momento se está de la vida de Francia, que es como decir la vida del mundo en los días gloriosos y en los días tristes de Anatole France. Pero si quisiera acercar un poco más mi pensamiento a ustedes, les preguntaría: ¿es que alguno de nosotros somos única y exclusivamente buenos o malos, desolados o llenos de esperanza, creyentes o incrédulos; o no somos todos más bien, casi simultáneamente, un poco más o un poco menos algo de eso? Nuestro rostro ¿es siempre el mismo a lo largo de un día, o de una hora? ¿No dejamos de querer cosas que hemos amado con ansia; no aceptamos ideas que hemos combatido; no solemos avergonzarnos de lo que era nuestro orgullo; o viceversa? Los hombres de un sólo rostro, los de un sólo libro, los de una sola creencia, los de un sólo amor no son, por cierto, los más humanos: o mejor dicho, son la humanidad que es preciso superar si se aspira a demoler los recintos de piedra que desde la edad más primitiva levantaron unos seres contra los otros.

Quizás, la primera respuesta haya que darla al colocar frente a frente a dos de sus rostros: el del escepticismo y el de la afirmación. Y preguntar: ¿Puede admitirse sin hesitación que un escéptico dude de todo, y acaso niegue también todo? Pero, ¿no se advierte que los escépticos son también seres humanos, sujetos a

un sin fin de necesidades, de alucinaciones, de ilusiones, de sueños? Recordemos lo que dijo France de Pirrón: "Si hubiera visto caer una viga sobre su cabeza, Pirrón se hubiese apartado, aunque considerara a la viga como una vana e inteligible apariencia. Hubiera temido, naturalmente, tomar de improviso la apariencia de un hombre aplastado" (1). Sólo en los libros pueden encontrarse creaciones que trascienden los límites de la propia realidad, y ni los más grandes genios escapan a la ilusión de creer que todo lo que piensan existe fuera de ellos. France —no osaría desmentirlo— vivió con intensidad, desde su juventud hasta la vejez, largas horas de escepticismo. Su explicación del escepticismo, su defensa del escepticismo, la hizo en varias ocasiones; quizás en ninguna con tal desnudez y fuerza como en sus palabras a Paul Gsell, que leí ayer, y que completaría de la siguiente manera: "Los más escépticos de los pensadores, después de meditar mucho sobre la inutilidad del movimiento eterno del universo, ante la cosa insignificante que son los pobres humanos, y ante los sufrimientos absurdos que se infligen entre ellos durante el breve sueño de la existencia, se sienten invadidos por una profunda conmiseración hacia sus semejantes. De esta compasión, al amor fraternal no hay más que un paso. Se franquea, con rapidez. La piedad comienza a actuar, y el que se cree desligado de todo para siempre, se arroja desesperadamente en el combate para socorrer a sus desgraciados hermanos... Los pobres escépticos viven desconocidos. Son los más idealistas de los mortales, si bien es cierto que idealistas desilusionados. Como sueñan con una humanidad muy hermosa, se afligen al ver a los hombres tan distintos de lo que debieran ser; y su habitual ironía no es más que la expresión de su descorazonamiento. Rien, pero su alegría cubre siempre una amargura espantosa. Rien para no llorar" (2).

Aquí estaría dicho todo lo que habría que decir para explicar este aparente salto de France del escepticismo desolado a la afirmación soñadora: el escéptico llegaría a la acción por piedad a sus semejantes; llegar a la acción es llegar, también, a la afirmación. Y no hay duda de que ese sentimiento de la piedad, primero, de la desolación que le produce el dolor y las injusticias humanas.

(1) "La vida literaria". T. I "M. Leconte de Lisle".

(2) "Propos d'Anatole France".

después, y al final, el de la necesidad de arrojarse a la lucha, es el que haría de él un afirmativo apasionado. Estaría todo dicho, es cierto, pero quizás no habría sido todo sentido.

El escéptico y voluptuoso se atiene a una realidad: el pensamiento: "el pensamiento ha creado el mundo" (1) —declara—. Será la más grande afirmación de su vida. Y a partir de esta realidad va edificando su mundo de afirmaciones y de ensueños. "El hombre no sería hombre si no pensara libremente" (2). Y una vez afirmada esa primera condición de pensar todo para ser, nos hace volver la mirada a su escepticismo, como lo hará tantas veces, para no dejarnos llevar demasiado por la ilusión de creer en nosotros después de no haber creído en nada. "Si por desgracia —lo que no es de esperar— la inteligencia penetrara de golpe en la masa humana, produciría el efecto de una solución de amoníaco en un hormiguero. La vida se detendría súbitamente. Los hombres sólo subsisten a condición de comprender mal lo poco que comprenden. La ignorancia y el error son necesarios a la vida como el pan y el agua". Pero casi a renglón seguido su interlocutor —que no es otro que él mismo— corrige este pesimismo declarando: "La inteligencia no es funesta a la humanidad sino los errores que comete" (3). Hasta su mismo dueño y señor de la vida, el dolor, tendrá que sufrir el examen de France en esta aurora de su pensamiento afirmativo: "El sufrimiento no es bueno; hay que ahorrárselo a los hombres lo más posible" (4). ¿Por qué France le opondría esta tacha? Es que habla de esos hombres y de esas mujeres que cumplieron la estupenda aventura de la razón que fué el espíritu del siglo XVIII, que ayudaron a bien dormir al fanatismo y en cuyos funerales satíricos se escuchó la maravillosa risa de la verdad; y que nos dejaron —dice France— "como bienes infinitamente preciosos, su fe en el espíritu de tolerancia, el sentido profundo de los derechos de la persona y el instinto de la libertad humana" (5). Pero será necesario elevar el tono afir-

(1) "La vida literaria". P. III "Divagaciones astronómicas".

(2) Ib. "La moral y la ciencia".

(3) "Pedro Nozière".

(4) "La vida literaria". T. II "La madre y la hija".

(5) Ib.

mativo de ese pensamiento, que es todo en la vida para France. Será el día en que Paul Bourget publique su libro "El Discípulo", en el que so pretexto de inculpar al profesor Sixto por la felonía de uno de sus discípulos, que pone en torcida práctica sus doctrinas, se ataca en verdad a la libertad de pensamiento.

Anatole France, en su habitual crítica literaria en "Le Temps" sostiene que "los derechos del pensamiento son superiores a todo" y que "la gloria del hombre consiste en atreverse a pensar todo", y que "en cuanto a la conducta en la vida, ella no debe depender de las doctrinas trascendentes de los filósofos" sino "apoyarse sobre la moral más simple" (1). Pero Ferdinand Brunetiere, el crítico ciclópeo de la "Revue de deux Mondes", que estaba en el secreto del libro de Bourget, que era el de humillar a la libertad de pensar, se indigna con France e inicia contra él una aguda polémica que según la expresión de Jules Lemaitre "hízole brotar a France todo el siglo XVIII que tenía en la sangre". France comprende bien que no se trata sólo de un combate entre caballeros por la dama libertad de pensar, para luego saber quien mata o quien la desposa, sino que ese combate singular forma parte de una serie de encuentros por salvar o destruir conquistas de un siglo de tolerancia y de libertad, y que frente a él no está solamente Ferdinand Brunetiere, o Bourget, sino las fuerzas espirituales y sociales que son sus mortales enemigas, aunque él todavía no haya hecho más que rozarles la punta de la nariz con la pluma de su ironía, turbarlas con su voluptuosidad o hacerlas empalidecer con su escepticismo. Y el pensamiento de France comienza a cobrar la fuerza dialéctica que estaba ya en su devoción a Heráclito: "Es imposible determinar si una doctrina, funesta hoy en sus primeros efectos, no será mañana largamente bienhechora. Todas las ideas sobre las cuales reposa hoy la sociedad, han sido subversivas antes de ser tutelares" (2). "El pensamiento dirige el mundo". "Yo no defiendo —agrega— tal o cual teoría científica o filosófica sino los derechos mismos del espíritu humano, cuya grandeza es atreverse a pensar todo y decir todo" (3). Y avanzando más en su camino hacia la afirmación, agregaría: "La ciencia y la filosofía científica no hacen

(1) "La vida literaria". T. III. "La moral y la ciencia".

(2) Ib.

(3) Ib.

la felicidad de la humanidad, pero le dan alguna fuerza y honor . . . Elaboran oscuramente una moral que no está hecha para nosotros, pero que un día, posiblemente, parecerá más feliz y más inteligente que la nuestra". "No hablemos con indignación de la inmoralidad de las doctrinas. Nada parece más inmoral que la moral futura".

No somos de ninguna manera los jueces del mañana. Y para que se supiera que no era un simple razonar el suyo, haría en su última contestación a esa polémica esta declaración: "¿Qué importa, en el fondo, lo que el hombre crea, siempre que crea? ¿Qué importa lo que espera, siempre que espere?" (1). Había sostenido, así, el derecho a pensar y a decir todo. Ciertamente es que esta doctrina de la máxima tolerancia roza los hombres, las cosas y los objetos por el simple hecho de trasladarse de uno a otro, y que es de ese contacto que nacen los problemas y los conflictos que llamamos de la realidad. ¿De qué provenía en France esta última afirmación, que es más suave que las anteriores y que parece escrita por un avezado espectador de la polémica? Sin duda, de sus viejos recuerdos del joven darwinista, del agudo lector de Spencer y de Taine, cuando bajo las plátanos del Luxemburgo rehacía el mundo con sus compañeros, bajo la asamblea de las estrellas. Él había creído fuertemente y sabía lo bello que es creer. Ferdinand Brunetiere, el antirracionalismo y las fuerzas sociales que regularmente le acompañan, le enseñaron también lo bello que es afirmar con vehemencia las convicciones que tarde o temprano llevan a la lucha. "Escépticos o creyentes —diría— estamos sometidos imperiosamente a iguales necesidades, es decir las necesidades de la existencia" (2). Y aún en los días en que su escepticismo daba todas las flores, ya sabía que Utopía no es la tierra de los hombres, y que "cuando se vuelve a ella y vemos a nuestro alrededor luchar, amar y sufrir a los hombres, ¿cómo se llega, a amarlos y cómo nos alegramos de sufrir con ellos!" Más, todavía: "El que la tierra sea grande o pequeña poco importa al hombre. Ella es bastante grande puesto que en ella se ama y se sufre" (3). Es en France la certidumbre de que el problema humano se resuelve entre los hombres y es asunto de los hombres. Y frente a esta situación: ¿puede el escéptico ser el primero en aconsejar, el último en sonreír? ¿Seguirá la razón

(1) "La vida literaria". Ib.

(2) Ib. T. IV "Maurice Barrés".

(3) "El Jardín de Epicuro".

gobernando sin rivales de fuste al pensamiento? ¿No habrá llegado el momento de acercarse más a la vida íntima, escucharla, seguirla? La contestación afirmativa a esta duda la daría el mismo France al término de su etapa más atribulada, la de Jerónimo Coignard: "Para servir a los hombres es necesario librarse de todo razonamiento como de un fardo pesado, y elevarse en alas del entusiasmo. Si se razona, jamás se volará" (1). Sería éste el mejor elogio del escepticismo, que es como decir el mejor elogio a la libertad de pensamiento, que nunca está separada de un gran amor a la humanidad.

Al pasar de Jerónimo Coignard a Luciano Bergeret, el pensamiento afirmativo de France va enriqueciendo su contenido. En Coignard se basa sobre las ideas generales, sobre los derechos mismos del pensamiento, sobre la libertad del hombre. No está aún enunciada, y menos tomada como bandera, la idea de la justicia. No hay más que recordar las terribles ironías sobre la justicia en Crainqueville y las agudas, aunque rientes, de "Las opiniones de Jerónimo Coignard": No están, ni por asomo, puestas en orden de batalla, como en las horas del proceso Dreyfus o en los días sarcásticos de la paz infeliz de 1919, todas sus demás ideas sobre el momento social, sobre los derechos del proletariado, sobre el camino que ha de llevar el mundo; pero su pensamiento inicia con Bergeret su marcha lenta y segura hacia la contienda social.

Todavía han de aflorar en él preocupaciones que no han de abandonarle; todavía se siente el forcejeo de la duda y la pausa obligada: "Todos los progresos son inciertos y lentos, y están seguidos casi siempre de movimientos de retroceso"—diría Bergeret para no caer en ilusiones engañosas; y para justificar su indecisión, agregaría: "Creo tener algún coraje en la vida, pero reflexiono, y la reflexión perjudica mucho la intrepidez". Y acariciando todo su pasado de aparente pensador puro, como para que no se crea que está a punto de cometer el error de renunciar a su vida de meditación, le diría a su perro Riquet: "Tú no sabes que la verdadera fuerza reside en la sabiduría, y que las naciones son grandes gracias a ella. No sabes que lo que hace la gloria de los pueblos no son los clamores estúpidos lanzados en las plazas públicas, sino el pensamiento augusto, escondido en alguna buhardilla, y

(1) "Las opiniones de Jerónimo Coignard".

que un día se extenderá por el mundo y lo transformará" (1). Pero, qué bien se nota que al hablar a Riquet, Bergeret se hace una pregunta a sí mismo; porque Bergeret ha gustado ya del placer y de los riesgos de la lucha, y el proceso Dreyfus ha dado origen a la más grande crisis de conciencia del siglo XIX. No ha sido un salto brusco en él. Años antes de este inmenso conflicto de opiniones y de creencias, confesaría a un amigo: "La literatura es mi violín de Ingres"; y por ese entonces escribiría lo siguiente, después de haber asistido a una sesión de la Cámara de Diputados de Francia: "Nosotros, los periodistas literatos, no tenemos arte ni parte en la política ni en los negocios. Habitamos —agrega con ironía— las cimas tranquilas de los "templos serenos", de donde no nos es permitido bajar. Pero tenemos, a veces, deseos de descender hasta la multitud y lanzarnos a la lucha. He sentido en más de una ocasión ese violento deseo. He envidiado a mis compañeros de la primera página (se refiere de los editorialistas del periódico) que toman a lo vivo las cosas y cuyo pensamiento es todo acción. No es necesario apurarme mucho para hacerme confesar que la lengua que quisiera hablar es la lengua robusta y simple de los hechos. En ciertos momentos me avergüenza el tocar la flauta... Creedme: el arte más grande es el del que actúa. Estudiando a los hombres y lo que a su paso dejan, me persuado cada vez más que nada templa tanto al talento como entrar en la acción" (2). ¡Y este es el France de los días de Coignard, el France descreído, abstraído en la meditación pura, el France que parecía buscar el reposo de su vida en el sueño de su biblioteca! Y cómo explica bien esto el proceso silencioso, íntimo, que se inicia con su propio y fuerte escepticismo; porque France es escéptico precisamente porque quiere creer, porque quiere obrar, porque es voluptuoso y está lleno de ternura, porque quiere darse y no sabe bien cómo y a qué darse, aunque haya escogido ya su camino de la ruta florida, y en él encuentre cosas que ama, ilusiones que se le ofrecen, sonrisas que le aguardan. El sabe que el mundo es un pandemonium al que muchos intentan poner en orden, superar este orden en una armonía y meporarlo; acaso, soñar que puede ser perfecto. "No creo —dice Bergeret— que los hombres sean buenos de por sí... Pero creo también que serán menos feroces

(1) "El señor Bergeret en París".

(2) Charles Braibant. "Le secret d'Anatole France".

cuando sean menos miserables". Estamos en su idea de la justicia, que completaría así: "No agreguemos a los males inevitables que resultan de la condición humana, los males artificiales que resultan de nuestra condición social". Pero su dolorosa experiencia le hará decir enseguida: "De nada vale, de nada, que las poleas, los engranajes, las bielas, las manivelas, los deslizadores, los volantes se humanicen, si los hombres conservan un corazón de hierro" (1).

No será una frase. Ahí está todo el problema del hombre tal como lo ve France. Y aquí comienza a dividirse —o a desdoblarse— Coignard, de Bergeret: el primero meditará más sobre las miserias propias de la condición humana, y dirá que son insuperables, con lo cual, forzosamente, afirmará su escepticismo en cuanto a la perfección; el segundo, partiendo de esta penosa experiencia, enderezará su pensamiento a servir a los hombres en su esfuerzo por compensar tales condiciones humanas por condiciones sociales superiores a las de cualquier momento determinado. Superiores, pero tampoco perfectas. Bergeret cree que siempre habrá en el mundo "pobres y ricos, avaros y pródigos, felices y desgraciados". Este su leit motiv social es la variante y lo correspondiente humana del "buenos y malos" del escéptico.

Pero ya Bergeret se ha despedido de Coignard bajo los olmos del paseo, y es la calle, la plaza, la multitud las que se presentan a él bajo formas que no conocía bien, que no había sentido casi y que posiblemente ni había mirado. Del tierno desprecio a los hombres, que hay en Coignard, se pasa a la piedad, que es el fondo del espíritu de Bergeret. A poco andar, este fondo se sublimiza, y la piedad, en lugar de descender hasta la resignación, se eleva hasta la justicia. Es el France de las jornadas valerosas del proceso Dreyfus, el de la Liga de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, el que está contra la matanza de armenios y contra igual hecho cometido contra obreros rusos frente al palacio del Zar en 1905; y más tarde el de la revolución del 17 y el de la paz muy distinta a la del 19. Es un France afirmativo y soñador, un France que sigue forcejeando, sin embargo, con las dudas que de continuo le desconciertan, con los desengaños que lo inhiben. De esa lucha consigo mismo. France percibe la desproporción que hay entre lo que es necesario hacer y lo que se puede hacer; y lo que es más, entre lo

(1) "El señor Bergeret en París".

que el hombre utiliza para gastarse a sí mismo y para hacerse a sí mismo, pues la mayoría de sus conquistas las devora mientras él mismo se devora, sin beneficio alguno para la especie.

Comienza Bergeret por aprender a distinguir a Ariel y a Calibán, no a uno respecto del otro, sino al propio símbolo admitido: la inteligencia al servicio de las clases dirigentes, manteniendo en el temor y la servidumbre al pueblo, que penosamente trata de elevarse. "La libertad de espíritu —diría Coignard— no es sino el resultado de la riqueza de los ciudadanos, que se liberan desde que son lo suficientemente poderosos para hacerlo" (1). Esta comprobación descarnada conduciría a esta otra: "La exterminación es el resultado forzoso en las condiciones económicas en las que se encuentra hoy el mundo civilizado". Por lo tanto "los crímenes durarán tanto como la vieja y sombría humanidad, pero el número de criminales disminuirá con el número de desgaciados". "No está en la naturaleza humana —agregaría— el gozar de una felicidad perfecta . . . pero los progresos de la civilización serán en lo sucesivo armoniosos y pacíficos" (2). Es el vaivén del péndulo, siempre el vaivén, porque la detención en el justo medio equivaldría a la muerte; es la vida, asimismo; tanto, que Coignard diría a su compañero Bergeret: "Escépticos o creyentes, estamos sometidos imperiosamente a las mismas necesidades de la existencia" (3); que Bergeret glosaría así: "Cualesquiera que sean nuestras dudas filosóficas, estamos forzados a obrar en la vida como si no dudáramos" (4). Y agregaría: "Se anuncia, se espera, y hasta se ve ya profundos cambios en la sociedad. Es el eterno error del espíritu profético. La inestabilidad, sin duda, es la condición primordial de la vida: todo lo que vive modifícase sin cesar, pero insensiblemente y sin que lo advirtamos apenas. Todo progreso, tanto el bueno como el malo, es lento y regular. Jamás habrá grandes mudanzas; nunca las hubo. Todas las transformaciones económicas se operan con la clemente lentitud de las fuerzas naturales. Buenas o malas, según las apreciamos, las cosas son siempre lo que necesariamente deben ser. Nuestro estado social es consecuencia de los estados que le han precedido, como es la causa de los que le sucederán. Conti-

(1) "Las opiniones de Jerónimo Coignard".

(2) "Sobre la piedra inmaculada".

(3) "La vida literaria. T. IV "Maurice Barrés".

(4) Ib. T. I "Leconte de Lisle".

núa de los anteriores como los subsiguientes lo continuarán a él. Y este encadenamiento fija por mucho tiempo la persistencia de un mismo tipo: este orden asegura la tranquilidad de la vida. Cier- to es que no contenta ni a los espíritus ávidos de novedades ni a los corazones sedientos de caridad. Pero tal es el orden uni- versal. Fuerza es someterse a él. Conservemos el celo y las nece- sarias ilusiones: trabajemos por lo que creamos útil y bueno, pero no con la esperanza de un éxito rápido y maravilloso, ni hasta el punto de imaginar un apocalipsis social; todos los apocalipsis deslumbran y fracasan. No esperemos ningún milagro. Resigné- monos a preparar con nuestra cooperación imperceptible el porvenir bueno o malo que no hemos de ver".

La página que acabo de leer, de "El Jardín de Epicuro", fija con toda claridad el pensamiento íntimo de France en punto a evolución social en su etapa nihilista, que corresponde a la del abate Coignard; y al mismo tiempo lo fija, aunque más breve- mente, con respecto a todas sus demás etapas. Voy a explicarme: France no concebirá nunca al hombre en la dualidad ente humano y ente social —variante, al fin, de la dualidad cuerpo y alma—; para él el hombre es una unidad con pluralidad de manifestaciones, que no puede evolucionar sino como un todo, o no evolucionar. No llamará evolución con relación al hombre a las mejoras sociales y aún a la misma evolución social, si al mismo tiempo esas mejo- ras o esa evolución social no condicionan una mejora o una evolu- ción humana. Y es en este punto donde France permanecerá escéptico, pues no cree en la perfección indefinida del hombre como hombre, aunque admita en él cambios o mejoras imperceptibles. ¿Por qué este sombrío destino? Su biblia darwiniana le había hecho soñar con la evolución indefinida; pero la naturaleza, los hombres, el universo mismo le iban revelando que tal evolución excede fun- dadamente los límites razonables de nuestras previsiones y de nues- tro entendimiento.

Oigamos esta despedida a sus felices creencias de los años juveniles: "Confiemos, no ya en la humanidad, que a pesar de sus esfuerzos augustos no ha destruído el mal de este mundo; con- fiemos en esos seres extraordinarios que surgirán algún día del hom- bre, como el hombre ha salido de la bestia. Saludemos a esos genios futuros. Confiemos en esta universal angustia de la que el transformismo es la ley material. Esta fecunda angustia la senti-

mos crecer en nosotros y nos hace marchar hacia un fin inevitable y divino". Bien se ve que es una despedida, que hay en él la nostalgia del poeta que encierra en la urna de un soneto todo el lirismo que otrora desbordaba en vasos de todas formas y colores: porque es del mismo libro, de "El Jardín de Epicuro", esta otra declaración desolada: "La especie humana no es susceptible de un progreso indefinido. Ha necesitado, para evolucionar, que la tierra se encontrara en ciertas condiciones físicas y químicas que no permanecen estables. Tiempo hubo en que nuestro planeta no convenía al hombre: era demasiado cálido y demasiado húmedo. Llegará el momento en que tampoco le convenga: será demasiado frío y demasiado seco. Cuando el sol se extinga —lo cual es inevitable— hará tiempo que los hombres ya no existan. Los últimos serán tan estúpidos como lo fueron los primeros. Habrán olvidado todas las artes y todas las ciencias. Se tenderán, miserables, en el suelo de las cavernas, al borde los glaciares, que rodarán sus bloques transparentes sobre las dispersas ruinas de las ciudades donde en otros días se pensaba, se amaba, se sufría, se esperaba. Los olmos, los tilos se habrán extinguido con el frío y sólo reinarán los abetos sobre la tierra helada. Esos últimos hombres, desesperados sin conocer la desesperación, no sabrán nada de nosotros, nada de nuestro genio, nada de nuestro amor: y no obstante, serán nuestros hijos, la sangre de nuestra sangre. Un débil resto de soberana inteligencia, vacilante en sus obtusos cráneos, les otorgará por algún tiempo el imperio sobre los osos multiplicados alrededor de sus cavernas. Pueblos y tribus habrán desaparecido bajo la nieve y los hielos, con las ciudades, los caminos, los jardines del viejo mundo. Apenas sobrevivirán algunas familias. Mujeres, niños, ancianos, enervados y viviendo promiscuamente, verán por las hendiduras de las cavernas elevarse tristemente sobre sus cabezas un sol cárdeno, ante el cual correrán, como sobre un tizón que se apaga, luces lívidas, mientras una deslumbrante nube de estrellas, brillará todo el día en el negro cielo a través del aire glacial. Esto verán; pero en su estupidez ni siquiera podrán comprender que ven algo. Un día, el último de los sobrevivientes, exhalará sin odio y sin amor, hacia el cielo enemigo, el postrer hálito humano. Y la tierra proseguirá su rodante curso, llevando a través de los espacios silenciosos las cenizas de la humanidad, los poemas de Homero y los augustos fragmentos de los mármoles de Grecia adheridos a sus flancos

yertos. Y ningún pensamiento se elevará a lo infinito desde el seno de este globo donde a tanto se atrevió el alma".

Página esta de una sombría dulzura, y de una ingenuidad que por su frescor encanta, y que mostraría bien a las claras que fué la angustia y no la ironía el fruto que recogió su mano al pasar por la huerta de la vida; y que tal angustia fué el sentimiento que lo llevó a participar en los trabajos de esa idea, inmensa por la fuerza y el dolor que encierra, y que se llama de la lucha social. La ruta de France había sido en un comienzo la ruta florida del caminante voluptuoso y tolerante, irónico y escéptico; después, inquieto, más tarde, desolado; pero a medida que sentía vergüenza, como él mismo decía, de tocar la flauta, atraído por los conflictos de que era espectador más que testigo, su desolación cede el paso a su pensamiento afirmativo, y surge el France de los días jubilosos, de aquellos días que deberán ser considerados como una etapa más de la revolución francesa interrumpida el 9 Thermidor: los días del proceso Dreyfus. Y observando el afán de algunos y la indiferencia de la mayoría, anotaría esta primera conclusión para no hacerse ilusiones sobre el camino a recorrer: "En toda nación hay algunas personas que piensan con más fuerza y justeza que otras. El resto no cuenta". "Lamennais tiene razón cuando dice que la sociedad reposa íntegramente sobre la resignación de los pobres" (1). Para llegar, como si fuera de improviso, a esto que parece un hallazgo de su conciencia: "¿Cómo ha de cambiar el mundo? —le pregunta a Bergeret su hija Paulina: "Por la palabra, hija mía. Nada tan potente como la palabra. El encadenamiento de las razones poderosas y de los pensamientos elevados es un lazo que no puede ser roto. La palabra, como la onda de David, abate a los violentos y derriba a los fuertes". France sabe, desde hace tiempo cuán maravilloso es el poder de la palabra; pero en el momento en que escribe lo que acabo de leer, pudo repetirse aquello mismo que está en el prefacio de "El libro de mi amigo": "lo sabía pero no lo sentía". France siente a partir de ese momento que su palabra debe servir para algo más que para expresar bellos sentimientos e ironías aladas, la armonía y la gracia: ese algo más es la vida de su pueblo, la libertad de expresión de las ideas, el progreso social, la dignidad humana,

(1) "El señor Bergeret en París".

y el triunfo de la democracia. Es un ejemplo luminoso para todos aquellos que como él quisieron hacer el sueño de su vida en una biblioteca, hasta que la realidad, la tosca pero gran realidad, por no decir la única, les da un tirón de orejas y los despierta: "La ley del trabajo y del esfuerzo rige la infinitud de los mundos". "Hay en el mundo una fuerza irresistible: es la generosidad". "La política debería ser la parte de los mejores, porque es la mejor parte. Es hermoso mandar, pero es bueno hacerlo bien. No conozco orgullo más tonto que el de los contemplativos, que porque no hacen nada se creen superiores a los que lo hacen todo. ¿Cómo no ven que la vida sólo vale por la acción y que nada hay de más generoso que dirigir a los hombres?" Así prefacia a una traducción del Fausto de Goethe. Y así se prefacia también a sí mismo. Y cuando salga a la tribuna, en esa década que comprende los últimos años del siglo XIX y el comienzo del actual, será ya el France del pensamiento más que afirmativo, militante; más que soñador, un hombre lleno de esperanza. Todavía no ha sufrido el gran vuelco íntimo del que descubre nuevas miserias en el egoísmo humano, que le harían tomar la pluma para escribir su severa "Isla de los Pingüinos". Y France habla así a los hombres: "Hemos visto en estos últimos tiempos a la sociedad burguesa y a sus jefes, incapaces de asegurarnos justicia, no digo la justicia ideal y futura, sino la vieja justicia coja de las edades primitivas... Los hemos visto triunfar por la mentira, aspirar a la más brutal de las tiranías, promover la guerra civil y el odio en el género humano. (Se refiere a la burguesía reaccionaria comprometida en el proceso Dreyfus). A vosotros, ciudadanos... os corresponde preparar el advenimiento de la justicia social y de la paz universal". "Marchad hacia la ciudad del porvenir. Ella nos promete un poco más de justicia y de alegría. Trabajaréis en ella y para ella. De una sociedad más justa y más feliz que la nuestra, saldrá, posiblemente, un arte más amable y más bello; artistas, artesanos, uníos, asociáos, estudiad, meditaad juntos. Poned en común vuestras ideas y vuestras experiencias" (1). Y diciendo esto, cede ese día la palabra en la tribuna a Jean Jaurés. Y en un homenaje a Diderot declararía: "La victoria del proletariado es la única energía creadora". "El proletariado fué, en todo tiempo, la inmensa reserva de fuerzas que aprovecharon las clases dirigentes y gobernantes" (1). Y en una re-

(1) "Hacia tiempos mejores".

unión de la "Liga de los derechos del hombre y del ciudadano" diría estas penetrantes palabras a los intelectuales reunidos ese día: "Los reaccionarios clericales, semi-vencidos, no renuncian sin embargo a la lucha, y son tanto más peligrosos cuando no se muestran bajo su verdadero rostro, que asustaría, y toman, para seducir a la masa republicana, vuestras ideas y vuestras palabras. Se llenan la boca de libertad y de derechos del hombre. Para combatirlos y vencerlos —acordaos, ciudadanos— debéis uniros con todos los artesanos de la emancipación de los trabajadores manuales, con todos los defensores de la justicia social, pues no hay enemigos a vuestra izquierda. Acordaos que sin los proletarios no sois más que un puñado de burgueses disidentes, y que unidos, mezclados con el proletariado, sois algo al servicio de la justicia". Y agregaría: "En el estado actual de nuestras instituciones y de nuestras costumbres, el sufragio universal es la única garantía de nuestros derechos y nuestras libertades". Y a medida que avanza en su prédica, su pensamiento afirmativo cobrará mayor fuerza: "Para su seguridad y su libertad, lo sabéis ciudadanos, el proletariado no debe contar sino consigo mismo. Contra todas las opresiones, contra el zarismo, contra el imperialismo, contra el nacionalismo, es necesario que los proletarios del mundo se unan estrechamente, es necesario que se unan contra el triunvirato universal del sacerdote, del soldado y del capitalista". "Estamos contra todas las tiranías con los proletarios del mundo entero" (3). Y el 3 de Febrero de 1905, en una reunión organizada por un grupo de profesores y de alumnos de la Universidad para protestar por la matanza de obreros rusos, reunión que tuvo lugar en el Salón de las Sociedades Científicas de Francia, bajo la presidencia de Painlevé, France declarararía: "De hoy en más no habrá en el mundo crímenes que nos sean extraños, ni crímenes lejanos, puesto que los hombres se han aproximado unos a otros y la civilización y la ciencia han suprimido las distancias intelectuales y morales". "El proletariado pacífico y laborioso será mañana el dueño del mundo". Y más adelante: "No es sobre nuestros sueños y nuestros deseos que fundamos nuestras esperanzas sino sobre la observación de los fenómenos sociales y sobre los resultados del materialismo histórico".

(1) Ib.

(2) Ib.

(3) Ib.

“Muertos de Kiev y de Baku, de Saratov y de Odesa; espectros: ¡levantaos!, ¡mostrad a los ricos, a los felices de la tierra, vuestros cadáveres mutilados, retornad para que el mundo entero se subleve de horror!”. Lo dice por los obreros rusos de 1905, muertos por los soldados del zar a orillas del Neva. “La revolución rusa es una revolución universal. Ella ha revelado al proletariado del mundo entero sus medios y sus fines, su fuerza y su destino. Ella amenaza todos los despotismos, todas las opresiones, todas las explotaciones del hombre por el hombre... Es junto al Neva, al Vístula y al Volga donde se decide en este momento la suerte de la nueva Europa y de toda la humanidad”. Para terminar ese día diciendo: “Proletarios de todos los países: uníos para preparar el advenimiento de la justicia social y de la paz en el mundo” (1). Esta última idea la concretaría en una frase que le sería recordada, terminada la guerra, por los obreros que construyeron su Villa Said, que la escribieron sobre el yeso de una de sus paredes: “La unión de los trabajadores hará la paz del mundo”.

Hasta el fin de sus días, France mantendrá esta honda fe como única solución para iniciar el camino que algún día puede conducir a la felicidad de los pueblos. “Habrá una Europa socialista —dice— si es que puede llamarse socialismo a lo desconocido que se aproxima” (2). El socialismo en el estado actual de su desarrollo tiene el derecho y el deber de encarar desde el punto de vista de su doctrina y de su ideal, todos los grandes acontecimientos que surjan en el mundo” (3). Y a su amigo Segur diría: “Mis intenciones, mis ideas son socialistas” (4). “Una más grande América conduce al sueño de una más grande humanidad y a la asociación de los pueblos y de las razas, para la explotación en común de las riquezas de la tierra” (5). Y esta gran advertencia para los que no comprenden bien el peligro de tolerar las luchas raciales: “Reduciendo, disminuyendo, debilitando, en una palabra, colonizando una parte de la humanidad, obramos contra nosotros mismos” (6). Pocos años antes de morir confesaba a Michel Corday: “Cuando se acepta una doctrina, hay que aceptarla hasta en sus últimas con-

(1) “Hacia tiempos mejores”.

(2) “El maniqueo de mi tiempo”.

(3) “Hacia tiempos mejores”.

(4) Nicolás Segur. “Anatole France anecdote”.

(5) “Sobre la piedra inmaculada”.

(6) Ib.

secuencias; cuando se pertenece a un partido, se debe estar en su vanguardia, en su parte más destacada, que es la más próxima al porvenir, y que un día el grueso de la masa acabará por alcanzar" (1). Y a Henri Barbusse le escribiría: "En la época caótica en que vivimos se es necesariamente "extremista" en un sentido o en otro. Hay que serlo o de la derecha o de la izquierda; hay que estar con la reacción o con la revolución" (2). Anatole France estaba por la revolución. "La verdad reside en el gobierno del pueblo y por el pueblo", decía en 1923, un año antes de morir. Nuestros hijos verán los Estados Unidos de Europa y la república universal". Y en 1919 pronuncia un discurso político, que expresa con vehemencia su pensamiento de militante socialista: "Ciudadanos —dice— condenaréis a los gobernantes burgueses que no han querido desarmar a la Alemania vencida a fin de poder mantener un espantajo y por temor de privar a Francia y a sus aliados de una excusa para conservar sus ejércitos, sus arsenales, sus industrias de guerra y salvaguardar los sangrientos orígenes del capitalismo. Condenaréis a los gobernantes burgueses, que no contentos con haber suprimido en Francia toda clase de libertad, toda la vida política; ¿qué digo?: todo pensamiento y hasta la sombra de todo pensamiento, se esfuerzan en este momento, con oro y con hombres, por ahogar en sangre la revolución rusa, y no han sentido la vergüenza de pedir a Alemania su concurso para bloquear a un pueblo y para hacer morir de hambre, con los defensores de la libertad rusa, a millones de ancianos, de mujeres y de niños... Los condenaréis con vuestro voto. ¿Quién os habla de esta manera, ciudadanos? ¿Qué voz es ésta que exalta la mía y le comunica acentos, quizás lo suficientemente poderosos como para hallar eco en los corazones generosos?: Es la voz socialista... Y ¿qué es el socialismo? La conciencia del mundo" (3).

Cuando se vuelve ahora la mirada a los días voluptuosos de Bonnard, de Pedro Noziere y de Jerónimo Coignard; cuando se recuerdan su amor a la gracia y a la belleza, cuando vienen a nuestra memoria, primero su piedad hacia los hombres, luego, su tierno desprecio, más tarde, su cólera; cuando se revisa el baúl donde guardaba sus grabados de Ingres y Prudhon, los más finos des-

(1) M. Corday "Dernieres pages inédites d'Anatole France".

(2) Ib.

(3) "La vida literaria". T. IV. "Misticismo y ciencia".

cubridores de los encantos femeninos, en el grabado y la pintura o su ropero con el jaquet adornado con las palmas de la Academia: cuando todo eso desfila ante los ojos de nuestra memoria y se vive al mismo tiempo su palabra valiente y su prosa hecha en el estilo del Partenon pero con las columnas puestas como arietes para la batalla, nuestro pensamiento percibe el contraste sorprendente, contradictorio: ¿Dónde está Anatole France? ¿Cuál es Anatole France?

Todos son Anatole France, porque France no fué el hombre de un solo rostro, de un solo pensamiento, de un solo libro, de un solo amor; pero sí fué el hombre de un sentimiento que vivió en todas sus ideas, en todas sus creencias, en todos sus amores: el sentimiento de la bondad. Fué esta bondad la que exaltó todas sus pasiones, la que dió hondura a todos sus pensamientos, cuya virtud puede compararse a la de esas varitas mágicas que embellecen todo lo que tocan. Por eso fué soñador después de tanta desolación y de tanta amargura: por eso puso su confianza donde los hombres prudentes y muy razonables ponen solamente su conveniencia. "No soy más que un soñador" (1) —dijo apenas traspuesta la mitad del camino de su vida—. "Para cumplir grandes cosas no basta obrar, es necesario soñar; no basta calcular, es necesario creer" (2). Y el 25 de Junio de 1909, en Buenos Aires, en el banquete que le ofreciera la juventud, diría en bella prosa el por qué de su credulidad y el por qué de su ensueño: "Acabáis de decirme hace un instante que he perdido todas mis ilusiones: ¿Lo habéis dicho en serio? ¿Estáis convencidos de ello? ¿No habéis dicho: ya no es joven, es necesario tratarle como a un hombre grave, digámosle que ya no tiene ilusiones y eso halagará su amor propio? Pues bien: ¡no! amigos míos: os habéis equivocado. Tengo ilusiones. Quizá no son las de los años juveniles, pero tengo aún bellas ilusiones y su enjambre armonioso flota sin cesar a mi rededor y me refresca la frente con el latido de sus alas. Creo en el amor, creo en la belleza, creo en la justicia; creo, a pesar de todo, que en esta tierra el bien triunfará sobre el mal y que los hombres crearán a Dios. Haced como yo: guardad preciosamente vuestras ilusiones, queridos amigos. ¿De qué os servirá vuestra ciencia si no tenéis la ilusión fecunda de la verdad, de la belleza, del amor? ¡Soñad! Sin el en-

(1) M. Corday.

(2) "Página de historia y de literatura". T. XXV. "Discurso de recepción en la Academia Francesa".

sueño no hay ciencia, no hay sabiduría. ¡Soñad! Vuestros sueños no serán vanos. La humanidad tarde o temprano realiza los sueños de los sabios. ¡Soñad! No temáis la justicia, amad la verdad. ¡Oh! Sobre todo no seáis prudentes, no seáis moderados. Creed, osad. No améis mis libros, y acordaos de mí más tarde. Os diréis: era muy suave, muy sencillo y nos sonreía. Ese es el más bello elogio a que puedo aspirar”.

Creo que Anatole France tiene para nosotros un fuerte sabor de actualidad; que sus pasiones pueden ser las nuestras, que las luchas en que intervino no han cesado, que la sociedad en que vivió aún se mantiene, pese a los embates que ha sufrido; y que por todo ello, France es un ejemplo de lo que debe ser un pensador y un escritor de nuestro tiempo. Él amó en Grecia la gracia magnífica y en Roma toda la fuerza de su arquitectura social; él amó en la voluptuosidad, su ternura; en la ironía, su gracia; en la inquietud, la facultad maravillosa de elevar al hombre; como en el dolor y la desolación las premisas de la grandeza humana; pero amó también, intensamente, su tierra y su época; porque sólo con esa condición el hombre supera la contradicción de su existencia y llega hasta la síntesis que lo convierte, por ser hombre de hoy, en hombre de mañana.

Conferencias pronunciadas en el Colegio en julio de 1944, en el curso colectivo de homenaje a Anatole France.

Vida del Colegio

CATEDRA ALEJANDRO KORN

Por espontánea iniciativa del Prof. Ralph Tyler Flewelling, director de la Escuela de Filosofía de la Universidad de California del Sur (Los Angeles), fué creada el año pasado una beca para ser aplicada anualmente a uno de los jóvenes estudiosos vinculados a la CATEDRA ALEJANDRO KORN. El primer becario partió a Estados Unidos en los primeros días de este año; es el Prof. Luis Farré, doctorado en filosofía en la Universidad de Córdoba, bien conocido por sus conferencias y publicaciones. El Dr. Farré, además de los estudios que realice, dictará conferencias en diversas instituciones norteamericanas y propenderá al robustecimiento de nuestra relaciones intelectuales con aquel país.

COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES DE SAN PABLO

Publicamos a continuación una reseña de las actividades desarrolladas por la institución paulista recientemente creada

Durante el mes de noviembre último la profesora Anita Castilho Cabral, asistente de Psicología de la Universidad de Sao Paulo, proferió cuatro charlas sobre el tema "Gestalpsychologie"; en seguida el profesor Leopoldo Zea, profesor de la Universidad de Méjico, dictó una conferencia sobre el tema "La filosofía en Méjico"; durante el mes de diciembre el Dr. Vicente Ferreira da Silva pronunció tres charlas a propósito del "Pensamiento de Novalis".

En la actualidad el ingeniero Alberto Pereira de Castro, asistente de la cátedra de Metalurgia de la Escuela Politécnica de la Universidad de Sao Paulo, discurre semanalmente sobre el tema "El Industrialismo en el Brasil". Todas las conferencias finalizan con un debate entre

el público y el conferenciante, iniciativa que ha tornado a los cursos extremadamente vivaces y fecundos. Estas discusiones dan lugar, a veces, a ulteriores desarrollos de temas originados en ella, por lo que se fijan reuniones extraordinarias para la dilucidación de los problemas surgidos.

Podemos, además, adelantar la próxima realización de la conferencia del profesor Bonfim Betarello, profesor de Literatura Italiana de la Universidad de Sao Paulo, sobre el tema "La Moderna Poesía Italiana".

El Colegio estudia programas para varios cursos, tales como: "Urbanismo", "Historia de Arte", "Historia de la Música" (acompañada de ilustración musical), "Filosofía de la Matemática", etc.

LOS LIBROS

“DEPARTAMENTO EN ATENAS”, por Glenway Wescott. Editorial Lautaro.

Es esta la novela de un escritor realmente maduro, en la plenitud de su madurez. Wescott era desconocido en nuestro ambiente, pero desde ahora integra el ya grande plantel de excepcionales novelistas norteamericanos que hemos ido conociendo en estos últimos años.

Una armoniosa novela —en estilo, en técnica, en clima— envuelve al lector desde el primer momento. Este equilibrio implica una de las condiciones de la madurez del escritor. En ningún momento se rompe, y el largo relato aparece desglosado de cualquier escollo que pudiera impedir ese normal desarrollo de todas sus partes.

Además no hay ninguna corrección técnica. Parte del deslumbramiento que sufrimos en base a la novedad de la novela norteamericana se debe, sobre todo, a la originalidad técnica que aquélla traía, y Faulkner, Doss Passoss nos encantaban y deslumbraban por sus audacias y renovaciones totales en la manera de montar la novela.

Pero Wescott nos sorprende por su clasicismo. El tema de la invasión alemana en Grecia, en Atenas, es tratado aquí con una llaneza y una profundidad exhaustivas.

El clima es interior, e interiormente relatado, de tal manera que surge de la manera más difícil y auténtica, es decir a través del relato. No hay interferencia alguna en todo su desarrollo. El novelista no se pierde. Hay relato desde que empieza hasta que termina. Y este no es uno de sus menores y excepcionales aciertos.

Es una novela psicológica, donde los personajes ni siquiera son héroes, sino que forman su heroicidad a medida que el desastre va introduciéndose lentamente en el alma y en sus vidas. La señora de Helianos, magistral personaje femenino, adquiere al final de estas

trescientas páginas, una grandiosidad de humanidad, de ternura, de psicología, de maternidad extraordinarias.

La novela transcurre en Atenas, en un departamento ciudadano de Atenas, la capital de Grecia. No hay en todo su transcurso un solo relato de paisaje, salvo el Acrópolis que se divisa desde la ventana de la cocina del departamento de la señora de Helianos. Pero Atenas está ahí. Y Grecia, y, más aún, la universalidad de Europa surge poderosa a través de ese clima encontrado de dos psicologías: el griego común y medianamente culto (es decir el europeo) que soporta la invasión primero pacientemente, y va surgiendo luego otro griego, otro europeo (el patriota, el de la resistencia); y frente a él el capitán Kalter. Y el nazi está tratado no como una fiera únicamente. Sino que el nazi está hecho también de carne y hueso, de instantes de melancolía y desesperación, de ruindad y fracaso. El capitán Kalter llora por sus hijos muertos y por su esposa destrozada, y el nazi Kalter se suicida...

Tan universal es esta novela, tan bien refleja el mundo "normal" de la Europa infernal, que podría haber transcurrido en Francia, en Italia, en Polonia, y sería igualmente válida y extraordinaria.

No es una novela de la resistencia contra el invasor, sino de los que se convierten en resistentes, los que surgen de algún mundo oscuro y alejado a la realidad política del invasor y nacen tardíamente patriotas, pero nacen al fin.

La versión castellana y el prólogo pertenecen a la escritora María Rosa Oliver.

Valentín Fernando.

"LA CONSTITUCION DE LOS ATOMOS", evolución de las ideas sobre la teoría atómica. Fundamentos experimentales.

Juan T. D'Alessio. Librería del Colegio, Bs. As., 1945.

Escribir un libro de difusión científica tiene más inconvenientes de los que a primera vista se notan. Significa sobre todo poner problemas complejos y delicados al alcance de quienes carecen de conocimientos previos para asimilarlos, y por lo tanto, explicar en términos sencillos y comunes lo que aún con tecnicismo es difícil de explicar.

Significa también no olvidar nunca al lector a quien se dirige, y evitar la tentación —tan frecuente por desgracia— de mostrarle cuánta sabiduría atesora el autor; significa estar al servicio del lector o de la ciencia —en ambos casos se sirve a la cultura— y no de la vanidad del autor. Esta debilidad, tan humana, estropea muchas obras de difusión que pudieron haber cumplido una noble e importante función cultural, pero que cayeron en el vacío por no tener un público al que pudieran servir.

Juan T. D'Alessio ha salvado felizmente esta dificultad. En todo su libro —sencillo, modesto, de lenguaje flúido y correcto— se advierte el deseo de servir al público y a la ciencia, antes que a sí mismo. Su obra va dirigida a un público bien concreto y numeroso, que podrá extraer de ella muchos más beneficios que de obras pretenciosas que al final no sirven ni para legos ni para especializados. Nos place encontrar una obra así, tan honestamente llana, y deseamos que cumpla con éxito su labor de modesta obrera de la cultura.

H. R. M. Tate.

LOS COLABORADORES DE ESTE NUMERO

LUIS REISSIG:

Ver CURSOS Y CONFERENCIAS, año VII, números 7-8, volumen XIV, octubre-noviembre de 1938.

LOS COLABORADORES DEL NUMERO ANTERIOR

Publicamos aquí las biografías de los colaboradores de la revista anterior (Nº 167), que fueron omitidas por un error en la entrega de originales a la imprenta.

VICENTE FATONE:

Ver CURSOS Y CONFERENCIAS, año XI, números 131-132, volumen XXII, febrero-marzo de 1943.

RODOLFO KAISER-LENOIR:

Estudios secundarios y superiores en Estrasburgo y París: Lingüística y Letras. Licenciado en Letras, en la Sorbona. Diploma de Estudios Superiores con una tesis sobre Literatura Comparada, en la Universidad de Estrasburgo. Profesor en dos Liceos, de París y Aurillac. Después de una gira de estudios en universidades escandinavas, se trasladó a la Argentina, en 1937. Hasta 1940 fué bibliotecario y profesor en la Alianza Francesa. Desde 1940 es profesor de Literatura Francesa e idioma francés y latín en institutos de la Universidad Nacional de Cuyo.

Diversas publicaciones y estudios dedicados principalmente a temas de literatura francesa y literatura comparada (francesa y europea septentrional).

JULIO CAILLET-BOIS:

Nació en Buenos Aires, en 1910. Cursó sus estudios en el Instituto del Profesorado Secundario de donde egresó con el título de profesor de Castellano y Literatura. Es profesor de su materia en la escuela de Comercio Carlos Pellegrini y en el Liceo Militar. Profesor de Literatura Argentina y Americana en la Facultad de Humanidades de La Plata. Profesor adscripto en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario. Es colaborador del Instituto de Filología y de la Revista de Filología Hispánica.

Indice del Volumen XXVIII de "Cursos y Conferencias"

	Pág.
ARGÚAS, MARGARITA: Significado de la Cátedra Franklin De- lano Roosevelt	65
CAILLET - BOIS, JULIO: José Martí	277
CANTILO, JOSE MARIA: La política exterior de Roosevelt ..	95
FATONE, VICENTE: Nietzsche y el problema religioso	31
La libertad en la historia del pensamiento argentino	223
FERNANDO, VALENTÍN: Comentario bibliográfico de "El muro de mármol" por Estela Canto	130
Comentario bibliográfico de "Departamento en Atenas", por Glenway Wescott	383
GIUSTI, ROBERTO F.: Discurso en el banquete de homenaje a los candidatos democráticos	297
KAISER - LENOIR, RODOLFO: Nombres y apellidos	237
MAUDET, ARIEL: Roger Martín du Gard. I	11
" " " " II	143
ORTIZ, RICARDO M: La política económica y social de Roosevelt	83
PALANT, PABLO: Comentario bibliográfico de "Uno y el Univer- so", por Ernesto Sábato	131
REISSIG, LUIS: Universidad, Ciudadanía y Política	161
Discurso en el banquete de homenaje a los candidatos democráticos	292
El pensamiento vivo de Anatole France: El pensamiento de la vo- luptuosidad y de la tolerancia	319
El pensamiento de la ironía y del escepticismo	333
El pensamiento de la inquietud y de la desolación	351
El pensamiento afirmativo y soñador	363
RODRÍGUEZ BUSTAMANTE, NORBERTO: Acerca de una obra de Patricio Grau	43
ROMERO BREST, JORGE: Estética de las artes del plano	119
RONZE, RAYMOND: La crisis de las democracias occidentales en vísperas de la guerra	1
ROOSEVELT, FRANKLIN D.: La carta del Atlántico	109

Palabras en la sesión inaugural de la Conferencia Interamericana de la Consolidación de la Paz	111
ROSSO, L. F.: Comentario bibliográfico de "El positivismo en México", de Leopoldo Zea	125
TATE, H. R. M.: Comentario bibliográfico de "La constitución de los átomos", de Juan T. D'Alessio	384
TRIBIÑO, SILVIA E. MORALES GORLERI DE: Una nueva orientación de la Filosofía Biológica: El organicismo de Luis Bertalanffy.	179
VALMAGGIA, JUAN S.: Roosevelt, el hombre y el ciudadano . .	71